

LA OBRA NOVELISTICA DE  
JOSE RUBEN ROMERO

---

A THESIS

SUBMITTED IN PARTIAL FULFILLMENT OF THE REQUIREMENTS FOR  
THE DEGREE OF MASTER OF ARTS IN SPANISH  
IN THE GRADUATE SCHOOL OF THE  
TEXAS WOMAN'S UNIVERSITY

COLLEGE OF  
ARTS AND SCIENCES

BY  
MARIA ELIDA RODRIQUEZ

---

DENTON, TEXAS  
AUGUST, 1972

# Texas Woman's University

Denton, Texas

\_\_\_\_\_ August \_\_\_\_\_ 19 72 \_\_\_\_\_

We hereby recommend that the thesis prepared under  
our supervision by María Elida Rodríguez  
entitled La obra novelística de José Rubén Romero

---

---

---

---

---

be accepted as fulfilling this part of the requirements for the Degree of  
Master of Arts.

Committee:

Wallace Woolsey  
Chairman  
W. J. Johnson  
Maurice Faulkner  

---

---

---

Accepted:

Mary Evelyn Huey  
Dean of Graduate Studies

## RECONOCIMIENTO

Por la ayuda y el apoyo que me concedieron en el desarrollo de esta tesis doy mis más sinceras gracias al doctor Wallace Woolsey y al doctor Juan González Jr.

Por su paciencia y constante fe en mí doy gracias a mis padres y a mis hermanos, y con hondo cariño y agradecimiento les dedico este trabajo.

## INDICE

INTRODUCCION .....	1
Capítulo	
I.    BIOGRAFIA DEL AUTOR .....	3
II.   LOS TEMAS DE LA PROVINCIA Y DE LA REVOLUCION	
La Provincia .....	14
La Revolución .....	39
III.  LO PICARESCO EN <u>LA VIDA INUTIL DE PITO PEREZ</u> ...	70
CONCLUSION .....	94
BIBLIOGRAFIA SELECTA .....	97

## INTRODUCCION

José Rubén Romero es un escritor regionalista y universal a la vez. A pesar de que su obra literaria está empapada de la vida y costumbres de su nativa provincia michoacana, contiene ciertos sentimientos y ciertas ideas y verdades de interés para todas las gentes de todo el mundo. Sus obras han tenido gran éxito en otros países, pues en ellas el extranjero "se descubre a sí mismo en estos humildes personajes michoacanos que Romero nos pinta."<sup>1</sup>

Este estudio sobre la obra novelística de Romero tiene tres propósitos. Primeramente se estudiarán detalladamente tres novelas en las que sobresale el tema de la provincia. Se tomarán citas sobre el paisaje, la vida y costumbres de la gente en las obras Apuntes de un lugareño, Desbandada, y El pueblo inocente. Se hará ver al lector el gran amor que el novelista siente por su tierra nativa.

Como la Revolución Mexicana está ligada a su pasado y como su principal deseo es hablarnos de ese pasado, vivido en su querido Michoacán, Romero no puede evitar que aparezca la Revolución constantemente en el fondo de toda su obra. Por tal razón, el segundo objeto de este estudio será analizar el

---

<sup>1</sup>Manuel Pedro González, Trayectoria de la novela en México (México: Ediciones Botas, 1951), p. 225.

papel que dicho movimiento revolucionario tomó en la vida de Romero y de la gente provinciana. Para lograr esto se estudiarán las novelas Apuntes de un lugareño, Desbandada, y Mi caballo, mi perro y mi rifle.

El rasgo sobresaliente en la obra de Romero es lo picaresco. Aunque esta nota de picardía se ve en todas sus obras, es más destacada en La vida inútil de Pito Pérez, considerada como análoga a la clásica novela picaresca. El tercer propósito de este estudio será hacer un minucioso análisis de ésta, la más famosa novela de Romero, anotando de paso las diferencias entre el pícaro romeriano y el de los modelos clásicos.

José Rubén Romero es un hombre del pueblo, un lugareño, y por eso su obra es de raíz popular. En ella se destaca la sencillez, la sinceridad, la franqueza. Fue el novelista un gran conversador; toda su obra fue hablada antes de ser escrita. Por eso leyendo sus obras, es fácil llegar a conocer a este escritor, netamente mexicano pero universal a la vez.

## CAPITULO I

### BIOGRAFIA DEL AUTOR

Uno de los escritores mexicanos que mejor nos ha dado a conocer el alma del pueblo mexicano es José Rubén Romero. En un estilo sencillo, gracioso, y picaresco nos ha retratado la vida y las costumbres de su nativo pueblo michoacano. El tema de sus obras es su pasado entre aquellos paisajes provincianos donde rozó con los tipos que tan vivamente nos describe en sus novelas. Romero ama a su pueblo, se adentra en él, y lo presenta con fidelidad y humana comprensión.

El pequeño y pintoresco pueblo de Cotija de la Paz, en el estado de Michoacán, fue la cuna natal del novelista, nacido el 25 de septiembre de 1890. Allí, en la escuela particular de doña Merceditas, aprendió el niño Rubén sus primeras letras. De su madre, gran aficionada a la lectura, heredó Romero sus inclinaciones literarias. Aprendió a leer en libros como el Quijote, Gil Blas, los cuentos de Octavio Picon, y las comedias de Alarcón. Su padre, un modesto comerciante, inspiró en él sentimientos políticos. Solía el hijo frecuentar la tienda de su padre, La Sonámbula, donde hacían tertulia los amigos de éste. En aquellas reuniones se sentía bien el autor, escuchando las discusiones que al-

entaban ideas revolucionarias y las anécdotas y cuentos picarescos y traviosos que no entendió en aquel momento, pero que años después recordaría y novelaría en toda su obra.

En 1898 el padre de José Rubén se ve obligado a salir de Cotija, debido a que por sus tendencias liberales, los conservadores han boicoteado su tienda. Se traslada con su familia a la Ciudad de México, donde él establece una casa de comisiones. El ambiente capitalino cautiva la imaginación del niño Rubén. Asiste a la escuela particular de don Pablo Barona, en la cual se revelan por primera vez sus aficiones literarias. Descubre y se aficiona al toreo, al frontón, y al teatro, al que asiste cada semana para mirar los sainetes o zarzuelas que se representaban.

Al poco tiempo empiezan a decaer los negocios de su padre y la familia se ve en situación precaria. Muy oportunamente, se le ofrece a don Melesio la prefectura de un Distrito en Michoacán. Se traslada la familia a Ario de Rosales, un pueblo al sur de Pátzcuaro. En aquel ambiente de serenidad pueblerina, Romero se adentra más en la lectura, pasando largas horas leyendo a los novelistas españoles contemporáneos: Alarcón, Galdós, Valera, y Pereda. Esta lectura le impresiona sobremanera y crecen sus deseos de escribir, hasta tal punto que se dedica en serio a poetizar. También en esta época, pública, en compañía del secretario de la

prefectura de su padre, El Iris, periódico en el cual aparecen sus primeras poesías. Estos poemas le traen el reconocimiento de otros poetas de Michoacán y recibe una invitación para ingresar en una asociación literaria de Morelia.

José Rubén acompaña a su padre en los viajes que éste hace por las diversas partes del Distrito en cumplimiento de sus obligaciones administrativas. En estos pintorescos recorridos Romero observa de cerca a las personas, pueblos y costumbres, y va almacenando estas experiencias y observaciones que más tarde pasarán a sus libros.

Una vez más, en 1906, el padre de Romero se ve obligado a buscar un nuevo cargo. Por poco tiempo reside la familia en Pátzcuaro, y luego se muda a Sahuayo donde el padre acepta el puesto de Receptor de Rentas. También José Rubén ejerce un cargo, su primero, el de Administrador de Rentas, bajo el respaldo de su padre, pues él es menor de edad. En 1907 se publica su primer libro de poesías titulado Fantasías, " ... compuesto de sonetos endecasílabos y sonetillos de ocho sílabas, en los que cantaba al mar, narrando todas sus bellezas. ¡Sus bellezas, que no conocía!"<sup>1</sup>

A consecuencia de un malentendido incidente amoroso

---

<sup>1</sup>José Rubén Romero, Breve historia de mis libros in Obras completas de José Rubén Romero (Mexico: Ediciones Oasis, S. A., 1957), p. 5.

de Rubén, la familia tuvo que mudarse de nuevo. Entendíase Rubén con Rosa por las bardas de su casa, pero al enterarse de aquellos amoríos el padre de ésta, hombre rico y poderoso, cerró ventanas y puertas y se instaló de vigilante en el zaguan de su casa. Pero no cedió Rubén y continuó con las rondas nocturnas, las serenatas, las contraseñas, los recados con la vieja pilmama. El padre bramaba de rabia hasta que un día, con su dinero y gran influjo, logró que trasladaran a don Melesio a otro distrito. Se instaló la familia esta vez en Santa Clara del Cobre donde Romero conoció a dos tipos que más tarde aparecerán en sus narraciones--Tamborillas, el ingenioso chico mensajero y el famoso Pito Pérez. También en Santa Clara conoció a la joven que más tarde sería su esposa y compañera de siempre, doña Mariana García.

Ya en esta época empezaban a llegar a Santa Clara los rumores de la Revolución. Romero, embriagado de un espíritu justiciero e idealista, se dedica a escribir artículos anti-reeleccionistas, los cuales dan motivo a que se le acuse de sospechoso. Pero ya para entonces, el padre de Romero y don Salvador Escalante, que más tarde llegará a general, habían decidido pronunciarse contra el gobierno de Díaz. El 5 de mayo de 1910 salen de Santa Clara Romero y su padre con ciento diecisiete hombres y se incorporan a las filas maderistas. Con el triunfo de Madero en el Norte, Romero obtiene el cargo de receptor de rentas en Santa Clara de Cobre; pero poco

después es nombrado por el doctor Miguel Silva, Gobernador de Michoacán, como Secretario Particular. Durante este período conoce a varios políticos del día, incluso a Madero, al cual describe en sus Apuntes de un lugareño como " ... un niño con barbas postizas, que está representando una obra para personas mayores."<sup>2</sup>

Con la muerte de Madero, ascendió Huerta al poder y el doctor Silva renunció al gobierno de Michoacán. Aunque Romero continuó en el mismo puesto, sirviendo a los dos sucesores de Silva, tuvo que huir cuando el General Jesús Garza González tomó las riendas del gobierno michoacano. Salió para Querétaro donde residía su familia, pero al arribar allí, fue aprehendido por la policía, y su padre tuvo que rescatarlo de un fusilamiento seguro. Con el relato dramático de este incidente termina su obra Apuntes de un lugareño.

De 1914 a 1918 residio Romero en Tacámbaro, donde se dedicó a la vida de comerciante, siendo dueño de una tienda de abarrotes llamada La Fama. Fue ésta una réplica de aquella que su padre tuvo en Cotija de la Paz. En La Fama, hoy día un monumento del Estado, al igual que en La Sonámbula, se reunía la gente del pueblo para hacer tertulia. Este período de su vida lo ha novelado en Desbandada.

---

<sup>2</sup>José Rubén Romero, Apuntes de un lugareño in Obras completas de José Rubén Romero (Mexico: Ediciones Oasis, S. A., 1957), p. 5.

Fue elegido en 1917 diputado a la Convención de Querétaro, pero no asistió. Su amigo, Pascual Ortiz Rubio, Gobernador de Michoacán, le nombró Secretario Particular en 1918, y su representante en México en 1919. Durante esta época continuaba Romero escribiendo poesías, y de 1918 a 1919 publicó dos libros de versos, La musa loca y Sentimental. También durante este período se dedicó a la redacción de El Universal. Su amigo Gastón Lafarga lo describe como hombre

. . . sonriente, de treinta años, delgado, humorista, malicioso, con movilidad juvenil. En gratas sobremesas y en paseos inolvidables evocaba el futuro novelista su pasado en pueblos y aldeas de su provincia. Cuanto después ha escrito surgía en su charla intencionada y graciosa.<sup>3</sup>

Durante los años de 1922 a 1928 ingresó Romero a la Secretaría de Relaciones Exteriores donde entabló amistad con Genaro Estrada y otros escritores, entre ellos Artemio del Valle Arizpe y José Juan Tablada, los cuales tuvieron gran influencia sobre él. Con frecuencia asistía Romero a las tertulias de éstos, adquiriendo de aquel ambiente "ideales más severos en su poesía y una norma más alta para su prosa."<sup>4</sup> Aparecía Romero en aquellas reuniones,

. . . más que con el carácter de escritor militante, con el de testigo curioso que oía y celebraba los gracejos, los juicios atrevidos y las discusiones

---

<sup>3</sup>Gastón Lafarga, La evolución literaria de Rubén Romero (Paria: Imprenta Gouvardin, 1937), p. 9.

<sup>4</sup>Antonio Castro Leal, Prólogo a Obras completas de José Rubén Romero (México: Ediciones Oasis, S. A., 1957), p. xvi.

bizantinas que sobre materias literarias sostenía el grupo congregado alrededor de Genaro Estrada.<sup>5</sup>

Como resultado de aquel ambiente literario apareció en 1922 el libro de jaikais de Romero titulado Tacámbaro. El jaikai que es un poema corto, sintético, se cultiva con éxito en la poesía oriental.

En la Secretaría de Relaciones Exteriores ocupa el novelista varios puestos, lo mismo en México como en el extranjero. En 1930 su amigo Pascual Ortiz Rubio, entonces Presidente de la República, le nombra Consul General de México en Barcelona. Allí, lejos de la patria chica, añorando-la intensamente, desahoga la amargura de su destierro dictando a una mecanógrafa los recuerdos de su niñez y mocedad en la provincia michoacana. Con el título de Apuntes de un lugareño fueron publicadas estas memorias en 1932.

Después de una ausencia de tres años, regresa Romero a México como Director del Registro Civil. A consecuencia del éxito que tiene su primera obra en prosa, el autor continúa novelando sobre el tema de su propia vida y publica en 1934 dos obras más, Desbandada y El pueblo inocente. Como se mencionó anteriormente, es aquella el relato de la época que Romero dedica al comercio abarrotero en Tacámbaro. Con picardía y buen humor describe el ambiente social y cultural de aquel pequeño pueblo y las reacciones de éste frente a la

---

<sup>5</sup>Ibid.

Revolución. En El pueblo inocente nos presenta otro relato biográfico donde se bifurca la personalidad del autor, representando Daniel la juventud aventurera, picaresca, e ilusionada de Romero y Don Vicente la experiencia y sabiduría del hombre provinciano. Significante resultado del éxito de sus tres obras en prosa, es su nombramiento a la Academia Mexicana de la Lengua en 1934. En su discurso de homenaje a Romero dice Genaro Fernández MacGregor, miembro de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios, lo siguiente:

La Academia vio en Rubén Romero, primeramente, una fuerza humana. El hombre no traía mayor bagaje de ideas; confesaba él mismo que no le interesaban; pero su alma era una continua vibración, un lente maravilloso capaz de captar la realidad viva y palpitante, de enfocar la existencia en pequeños cuadros significativos e inolvidables; y esta capacidad de intuición es la base del arte.<sup>6</sup>

Ese mismo año regresa de nuevo a Barcelona como Cónsul General de México. Una vez más publica en España otra novela, Mi caballo, mi perro y mi rifle, en 1936. Al igual que sus novelas anteriores, es ésta una narración autobiográfica en la que Romero expone sus sentimientos frente a la Revolución. En esta novela, según Antonio Magaña-Esquivel, la Revolución aparece

. . . conformarse mejor a la sonrisa, al espíritu de naturalidad y al tranquilo discurrir de la provincia que Romero conocía tan perfectamente y sabía expresar

---

<sup>6</sup>Genaro Fernández MacGregor, el al., Homenaje a Rubén Romero (México: Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios, 1937), p. 26.

con tantos recursos de modismos y anécdotas.<sup>7</sup>

Sorprendido por la guerra civil en España en 1937, sale Romero para el Brasil como Embajador de México. En aquel país, en 1938, según nos explica Romero en su Breve historia de mis libros,

. . . me puse a hilvanar de prisa, en unas cuantas noches de velada, La vida inútil de Pito Pérez, ese personaje medio real, medio ficción, que he clavado en mi sementero como un espantapájaros para que no vengan otros gorriones a comerse el poco trigo de mi fantasía.<sup>8</sup>

Es esta la más celebrada de sus novelas pues en ella se ve toda "la socarronería y el donaire, el refranero y la ingenuidad, la maledicencia y la sutil amargura de la existencia pueblerina."<sup>9</sup>

Con carácter de Embajador de México en Cuba, permanece Romero en ese país desde 1937 hasta 1945, haciendo frecuentes viajes a su querido México. Durante este período publica, en 1939, su obra Anticipación a la muerte, "un viaje a ultratumba con billete de ida y vuelta."<sup>10</sup> Aquí se descubre "un compendio de la filosofía del autor, la confesión de un hombre acerca de sus propias debilidades, una burla sabro-

<sup>7</sup>Antonio Magaña-Esquivel, La novela de la revolución (México: Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios, 1965), p. 84.

<sup>8</sup>Romero, Breve historia de mis libros, pp. 13-14.

<sup>9</sup>Magaña-Esquivel, La novela de la revolución, p. 86.

<sup>10</sup>Romero, Breve historia de mis libros, p. 14.

sa y ocurrente de sí mismo y de las fuentes cercanas."<sup>11</sup> También a esta época pertenece su novela Una vez fui rico, publicada en 1942, la cual, tal vez por desviarse el autor de su acostumbrado realismo, carece del vigor y de la gracia tan sobresalientes en sus demás obras.

En 1945 regresó Romero a México donde radicó hasta su muerte el 4 de julio de 1952. En estos últimos años desempeñó algunos cargos oficiales, pero se dedicó con más entusiasmo a sus labores literarias. Publicó en 1945 Algunas cosillas de Pito Pérez que se me quedaron en el tintero y en 1946 su novela Rosenda. En esta última nos da un vivo retrato de la abnegada, leal, y estoica mujer provinciana.

Además de sus novelas y poesías, contiene la obra literaria de Romero varios ensayos y discursos, que como académico, diplomático, y escritor que recibió homenajes públicos, se vio obligado a pronunciar. Desdeñaba estas obligaciones pues no estaba en sí discurrir en tono solemne, especulativo, y tradicional. Entonces el autor se apersonaba al auditorio, y el discurso tradicional se convertía en una charla entretenida y graciosa en la que invitaba a sus oyentes a que lo siguieran a su pueblo, conocieran a sus amigos y compartieran con él sus recuerdos.

Es la obra de Romero un espejo de su propia vida. En

---

<sup>11</sup> Magaña-Esquivel, La novela de la revolución, p. 89.

ella descubrimos al hombre franco, sincero, campechano--un hombre de raíz popular. Es un individuo que supo ver y comprender. Y, aunque ha concentrado en escribir sobre la vida provinciana de México, su obra tiene interés universal. Ha sabido penetrar en el alma de la gente humilde del pueblo y nos ha dejado ver lo que allí se esconde de valor humano.

## CAPITULO II

### LOS TEMAS DE LA PROVINCIA Y DE LA REVOLUCION

#### La Provincia

Como explicación al hecho de que su obra esté empapada de lo provinciano declara Romero, "Si yo no fuera de la provincia no hubiera producido un sólo libro, pues me hubiera faltado el material indispensable para ello: paisaje, geográfico y humano."<sup>1</sup>

No nos ofrece el autor una descripción objetiva de aquella gente pueblerina y de aquellos bellos paisajes, sino que se adentra en ellos y los presenta con hondo amor, ternura, y sinceridad. Con una gracia insuperable nos brinda Romero las peripecias de su niñez y juventud en la provincia michoacana en su primera novela Apuntes de un lugareño.<sup>2</sup> Son estos vivos retratos de la vida pueblerina. En breves pero deleitosos episodios va fotografiando el hogar, la familia, los vecinos, el pueblo, y el paisaje.

Son innumerables las referencias al paisaje geográfico. Suavemente los recuerdos lejanos van cobrando cuerpo y su primera reminiscencia es la de su casa natal, "pintada de

---

<sup>1</sup> José Rubén Romero, Viaje a Mazatlán in Obras completas de José Rubén Romero (México: Ediciones Oasis, S. A., 1957), p. xvi.

<sup>2</sup> Romero, Apuntes de un lugareño.

un añil corriente," con su patio poblado de geranios y rosales, una pila rezongona, y angostos corredores llenos de macetas. De aquella escuela particular a la que asistió de niño recuerda Romero los días de campo organizados como recompensa al estudio. En el "amanecer anacarado" salían los niños y su maestra doña Merceditas por las calles del pueblo, "olorosas a establo, rumbo al rancho escondido entre las milpas en jilote." Regresaban "en el dorado atardecer," cuando "Un gran reloj--la luna--aparecía colgado en el espacio y el grillo--crac, crac, crac, crac--sonaba su invisible minutero ... ." (p. 20)

Cuando la familia sale de Cotija para la Ciudad de México, Romero va observando y describiendo minuciosamente el bello panorama de montes espesos y llanos fecundos, "mullidos como alfombras damasquinas." (p. 32)

Aunque la estancia en la capital es agradable para el niño Romero, añora el regreso a la tierra nativa. Y por fin llega el día en que, tras siete años de ausencia, retornan los Romero a la provincia, esta vez a Ario de Rosales. De gran regocijo fue la vuelta al pueblo para José Rubén, y así lo celebra,

¡Otra vez el paisaje de mis montes ubérrimos; la  
 rreta con los bueyes cansinos resoplando en la loma;  
 el ojo azul del lago mirando absorto al firmamento!

.....  
 Viejos puentes de morillos que gimen el paso de  
 la recua; potreros con las milpas alineadas como si  
 fueran batallones y manchando la sombra de los chirri-

moyas, como un charco de sangre fresca, los tejados limpios, rojos de Ario de Rosales. (p. 44)

Tiernamente recuerda Romero aquellas noches de ronda a su primera novia lugareña en que le sorprendían "los hilos temblorosos de la lluvia;" eran noches en que "los cocuyos hacen su número de ballet ... ." (p. 46)

Acompañando a su padre en los viajes que éste hacía por las provincias michoacanas en calidad de Prefecto, José Rubén visitó pequeños pueblos, entre ellos Urapa, Churumuco, y Nuevo Urecho, de los cuales hace vivo recuerdo. Eran los dos primeros "poblados míseros, de casuchas pardas, con portales de gruesos morillos para colgar la refrescante hamaca." (p. 50) El último era " ... todo blanco, perfumado de azahares, bajo el verde cobijo de vastagos y cafetos." (p. 51)

En uno de tantos recorridos llegó el novelista a conocer el mar, del cual quedó un poco desencantado. Pero en aquella jornada hacia el mar, atravesó "las espesuras de la Sierra Madre. Soledad de templo que oprime el corazón." Fueron presentándosele bellos panoramas: "Cielo de un purísimo azul; inviolada virginidad de selva; los árboles, como pilares góticos formando enormes arquerías ... ." (p. 55)

En otra ocasión el autor visita a la Huacana, "pueblo bonito, con una plaza grande sombreada por dos filas prietas de tamarindo y por palmas gigantes que en el aire saludan ceremoniosamente." (p. 60) Sin embargo, la belleza de la po-

blación no puede ocultar la corrupción que existe en su gobierno; y por descubrir tal soborno, don Melesio pierde su puesto.

Una vez más se muda la familia; y por un corto tiempo sufre algunos infortunios hasta que por fin el Gobierno ofrece a don Melesio el cargo de Receptor de Rentas en Sahuayo. "Bucólica fiesta de tres años!", evoca José Rubén al recordar su estancia en este pueblo" ... grande, triste, con edificios buenos, pero a medio construir." Tenía el pueblo un lado árido que se sostenía a fuerza de riegos de norias, y otro por el rumbo del río que se mantenía fértil todo el tiempo. En un lenguaje viviente nos describe las crecientes de aquel río en el verano que inundaban los barrios cercanos, llevándose reses y chozas pequeñas. Solía el escritor ir a cazar en los pantanos de las orillas de Chapala, no tanto por la diversión, sino porque le gustaba el espectáculo que allí se le presentaba: " ... grandes bandadas de patos pequeños, sedosos, como juguetes de niños; garzas que parecían lirios; ánsares que se apelotonaban entre los camalotes, como cojines de un coqueto boudoir." (p. 70)

A Santa Clara del Cobre, "que simula sobre la sierra el copete de un pollo blanco," pasó luego la familia Romero. Recuerda el poeta con delicadas descripciones aquel pequeño pueblo "de unas cuantas calles blancas, accidentadas, con puentes de piedra laja en las esquinas para dar salida al

agua de las lluvias." (p. 75) Con brillante colorido nos retrata el novelista la plaza de aquel pueblo, con sus fresnos grandes y hermosos.

. . . Forma en ella la parroquia, un rincón de sombras ténues, con sus cipreses alineados en una rígida guardia de honor, y al fondo, por el lado del Querendal, se alza una capillita humilde y pobre, cuya torre parece, vista de lejos, una mujer desnuda ofreciendo sus carnes morenas bajo el claro dosel de la mañana. (p. 75)

En su viaje de retorno a la provincia, tras de un corto período en la Ciudad de México, José Rubén va observando el paisaje geográfico que se destaca a su vista por la ventana del tren: Maravatio, donde "los árboles se cogen de las manos y forman una doble ronda para que los viajeros no se pierdan el camino del pueblo;" Acámbaro, que "semeja el patio de un viejo mesón y las máquinas entran y salen en él como si fueran personas;" la laguna de Cuitzeo que con sus "brillos metálicos parece una bandeja de cobre labrada por el sol a martillazos." (p. 140)

En su última referencia al paisaje geográfico, Romero celebra gran regocijo de vivir, pues su padre acababa de rescatarlo de un fusilamiento seguro. Todas las cosas parecían celebrar su resurrección: los árboles,

. . . esponjados y finos plumeros, limpiando la mañana de las últimas sombras de la noche; las milpas maternales que arrullaban sus rubias panojas; el franco cantar del molino que iniciaba su diaria faena; la esquila madrugadora, desgranando su risa infantil desde la capillita blanca de los Dolores. (p. 147)

De aquel íntimo contacto que Romero tuvo con los cam-

pesinos y aldeanos de Michoacán durante sus primeros treinta años, brotó una inmensa simpatía y comprensión por aquella "humanidad sufrida y misera, o arrogante y despiadada que trata en sus novelas ... ." A aquella realidad le da un soplo de poesía pero no la idealiza ni la deprime, antes bien la presenta con todo el verismo y crudeza con que la percibió.<sup>3</sup>

Como Apuntes de un lugareño<sup>4</sup> es una obra autobiográfica, los personajes allí presentados son verdaderos, históricos y aparecen con sus propios nombres y desempeñando el papel que llevaron en la vida. Sin embargo, aquellos personajes no están completamente desarrollados puesto que el autor no entra en un análisis psicológico de sus caracteres. Llegamos a conocer a cada individuo por las pocas palabras que éste pronuncia, o por un breve relato de algún incidente sobresaliente, o por sus virtudes o defectos. En la lengua llana del pueblo y con gracia y sano humorismo va reconstruyendo el autor aquellas gentes. Era la madre de José Rubén "mujer hermosa, fresca, blanca, con la cara llena de lunares y un pelo tan negro como si se lo hubieran pintado con tinta china." (p. 21) Mujer hacendosa, ella sabía bordar perfectamente y preparaba platos deliciosos que a todos gustaban. Era además amante de la buena lectura y conversaba sobre

---

<sup>3</sup>Gonzalez, Trayectoria de la novela en México, p. 234.

<sup>4</sup>Romero, Apuntes de un lugareño.

asuntos literarios con las personas de mayor cultura en el pueblo. De su padre cuenta Romero que era alegre y divertido, hombre a carta cabal que "sabía mover con destreza un caballo." El autor se complacía en escuchar los deleitosos relatos que su padre le hacía de sus andanzas. Era un hombre con ideas liberales a las cuales el autor se aferó.

En La Sonambula trabajaba Gabino, un tipo afeminado que se cobijaba con un chal a cuadros y fumaba sosteniéndose un codo con la otra mano. Tiernamente recuerda el novelista a su abuelita, "la abuelita de todos los cuentos, de todos los sueños, la que arrulla, la que besa, la que mimas;" (p. 26) y aunque nunca lo besó ni lo arrulló, jamás le negó nada. A su tía Quica la apodaban la bicicleta porque le gustaba recorrer el pueblo para recoger noticias de vidas ajenas. Para Romero fue Pancho Orozco, un amigo de su padre, su maestro en picardías.

En breves pero alumbradoras narraciones describe el autor a los tontos de su pueblo--Francisco de la Baba y Coqueta, ayudante del organista que solía decir, "Si me corren de mi empleo, renuncio;" Cleofás, cantante de obscenas canciones; Cirilo, el místico; y Blas el inocente.

Durante sus recorridos por las provincias conoció José Rubén a don Trinidad, tendedor de tienda que por su gran pereza dejaba que los marchantes se sirvieran ellos mismos para no tener que dejar su hamaca. Conoció también a El Te-

¡/ jon, un pobre tinterillo que, por mendigar algún pedazo de pan, se volvió compañero de viaje de Romero y su padre. Era éste víctima de burlas pesadas de las cuales se reía filosóficamente sin preguntar quién le hacía las travesuras.

Cabalgando hacia el mar, José Rubén y don Melesio pararon en Rancho Nuevo donde conocen a don Pepe Bris, gran tirador de pistola que se divertía haciendo blanco en los cantaros de las mujeres que iban al ojo de agua; y al señor Cárdenas, hombre devoto que rezaba el rosario todas las noches junto con sus empleados, haciéndolos beber una botella de cerveza en cada misterio y brindar con mezcal por la salud de todos los santos.

En Patzcuaro tuvo el autor un buen amigo, el comerciante francés Olivier, el cual siempre tuvo grandes atenciones para con la familia Romero. Allí también vivían los Chenchos, tipos afeminados que preparaban fiestas para los señoritos del pueblo.

Fue en Santa Clara donde Romero conoció al cura Ortiz, bueno, sencillez y humilde, amante de su ministerio y del violín. En este pueblo vio por primera vez al Pito Pérez, modelo de truhanes y buscones, que después encarnaría en su propia novela. Otro personaje que volvería a aparecer en posteriores novelas y que también conoció en este pueblo fue Tamborillas, aquel niño resignado y triste que a la edad de diez años ya conocía todas las asperezas de la vida. Fue éste fiel

compañero y confidente de los amos de Romero. Se nota la compasión hacia este niño cuando el autor dice, "¡Con cuánta fuerza deben odiar estos pequeños hombrecitos del campo, a los niños ricos de la ciudad, a esos de bucles dorados, de cuellos de encaje ...!" (p. 81)

A consecuencia de su breve participación en la revolución maderista, el autor llegó a conocer de cerca a varios personajes políticos. Fue Salvador Escalante, el subprefecto en Santa Clara, gran amigo de José Rubén, con el cual solía tener largas conversaciones. Por haber perdido su riqueza le abandonaron sus parientes y amigos, quedando solo, triste, y decepcionado. Hombre de ideas liberales, se unió al padre de Romero para proclamarse contra el gobierno porfirista.

Del doctor Miguel Silva, a quien Romero sirvió como secretario particular, nos ha dejado el autor un grato recuerdo. Fue Silva un filántropo, dispuesto siempre a sembrar el bien, a curar el mal, y a compadecer cualquier sufrimiento. A consecuencia de su puesto político, pudo el novelista conocer de cerca a Madero cuando éste era Presidente de la República. Lo describe como un hombre muy humano, bondadoso y sencillo, un nuevo Quijote. No era su grandeza brillante; era la grandeza de los buenos y de los humildes.

Sobre menudos personajes en su obra, aquellos que observó y conoció en sus viajes pueblerinos, da Romero breves pero lúcidas descripciones. Conoció gentes lánguidas, pere-

zosas, y sencillas que sólo se animaban con el son del arpa o riñendo por una mujer. Aquellos hombres del campo, cuyo amigo inseparable era el machete, eran ingenuos y religiosos. Con acompañamiento de guitarra cantaban a la Virgen estrofas de sabor humano como ésta:

Por esta bella mujer  
Cinco balazos me han de dar  
Y el que la quiere querer  
Conmigo se he de topar. (p. 51)

Otros eran fanáticos religiosos que se enfurecían al saber que a la Virgen de la Salud se le prendían condecoraciones que ellos pensaban que las merecía más Jesucristo por ser hombre. Otro ejemplo de esta devoción de cómica simplicidad es el de aquel médico liberal que solía decir: "Yo soy ateo, gracias a Dios y a Nuestra Madre Santísima de Guadalupe." (p. 67)

En dondequiera que paraban Romero y su padre, ya fuera en la hacienda de algún apoderado o en la humilde choza de algún campesino, encontraban la primitiva hospitalidad mexicana. Eran las gentes muy campechanas y muy buenas. En Carrizal de Arteago le pareció a José Rubén que daba un salto atrás, de un siglo, pues lo que allí vio representaba un cuadro de 1809. Los hombres vestían "los mismos calzones amplios de campana; las mismas pantalonerías de tapabalazo; idénticos sombreros de copa pequeña y achatada ... ." Las mujeres de tez pálida y ojos verdes vestían "faldas amponas, llenas de olanes y la mascadita roja prendida al cuello, listas siempre para bailar una chilena." (p. 54)

Con amena naturalidad y vivo colorido describe Romero aquellas pintorescas fiestas y celebraciones de los pueblos. Las tardes de toros, las peleas de gallos por las noches, el mariachi en su apogeo, el guaracheo del jarabe, y animando todo aquello las inevitables copitas de mezcal.

De especial interés es la lúcida descripción de una fiesta religiosa, de tono idolátrico, celebrada por los indios michoacanos. Con profunda devoción veneran éstos a una imagen de madera que representa a la Virgen María. Anualmente son elegidas unas doncellas para que sirvan de camaristas a la Virgen, encargándose de vestirla, peinarla y engalanarla para las ceremonias. Cierta día se dedican las camaristas a lavar las prendas de vestir que la Virgen usó durante el año. Bajan al ojo de agua, acompañadas de toda la gente del pueblo, y allí, entre músicas alegres y cantos alusivos, se entregan devotamente al lavado de las santas ropas.

Sin ninguna crítica o reproche relata el autor las tragedias pueblerinas que la gente miraba con indiferencia o resignación. Eran aquellos rancheros nobles y dadivosos pero capaces, en un arranque, de cualquier hombrada. En una noche silenciosa sonaban los tiros y la gente reconocía que se había resuelto alguna contienda rústica. Cuenta el novelista que una vez, mientras la gente escuchaba la música de cuerda en la plaza, sonó un balazo. A los pocos momentos, cuando se supo que aquel tiro había matado a Marciano, uno

do los de allí pidió presentes al director de la música que tocara "Cuando el amor muere," para que el difunto se fuera con la pieza que más le gustaba.

A semejanza de los Apuntes, es Desbandada, una obra autobiográfica en la que el novelista describe con extraordinario brillo el período que permaneció en Tacámbaro como dueño de una tienda de abarrotes. En una serie de cuadros nos habla de su pueblo, de su familia, y de sus paisanos. Aquí " ... Romero ha cogido en sus redes el alma de Tacámbaro."<sup>3</sup> En un tono de picardía y humor mezclado con alsuines poéticas nos va describiendo la población. Y para que no se nos escape ningún detalle, toma una cámara cinematográfica, y primeramente recoge una vista general de Tacámbaro a lo lejos. Vemos el Cerro de la Mesa al frente; a la derecha, el monte de Caricho, cuya copa está "galoneada con la verde toquilla de los pinos;" a la izquierda, en primer término, el Cerro Partido con sus dos flancos impudicos, y luego el Cerro de Machúparo, el de Caramécuaro, el de Hueco, y el de la Laguna que "ciñen al pueblo con sus fértiles laderas."<sup>4</sup>

Se acerca la cámara y vemos las calles que "forman una roja escalinata que parece de ladrillo de jarro," y por las

---

<sup>3</sup>John Frederick Koons, Garbo y donaire de Rubén Romero (México: Imprenta Aldina, Robredo y Rosell, S. de R. L., 1942), p. 37.

<sup>4</sup>José Rubén Romero, Desbandada in Obras completas de José Rubén Romero (México: Ediciones Oasis, S. A., 1957), p. 149.

cuales no se puede transitar por ser tan pendientes y quebradas. Después llegamos a la plazuela del Santo Niño bajo cuyos viejos portales los indios venden su loza. Continuamos hacia la Plaza de Armas donde una "luz entrometida ... se cue-  
 la por todas partes sin dejar un rincón olvidado." Nos encontramos luego en el portal de arriba donde están establecidos los comercios más aristocráticos, fuera de los cuales tienden los barilleros sus múltiples baratijas. El tráfico allí es muy pintoresco, "lleno a toda hora de vendedores y marchantes, de rancheros curiosos y de tinterillos desocupados que salen a tomar el sol." (p. 51) Caminamos hacia el portal de abajo donde los jarcieros ofrecen sus mercancías; gruesas reatas, pitas enroscadas, cordeles, y zapatos de becerro crudo. Pasamos por entre los puestos del mercado que se levantan entre la plaza y la parroquia, y llegamos a la puerta mayor de la iglesia junto a la cual "dos árboles enlazan sus ramas igual que pareja de novios ... ." Cerca de la iglesia está la cárcel, "con sus puertas de gruesos barrotes ferrados que cuadrí-  
 culan las caras amarillas y tristes de los reclusos." (p. 153) Nos detenemos brevemente en la capilla del Hospital, donde discuten y se insultan con fuertes palabras las gentes del pueblo. Finalmente recorremos los cuatro barrios que completan el panorama: La Bola Roja, que se enorgullece "con sus huertas de árboles compactos que se derrengaban al peso de la fruta;" La Palanca, donde abundan los mesones, típicas hospe-

derías de pueblo; El Marinero, barrio peligroso donde las mujeres de vida alegre viven de tristezas; La Campana, por donde suben las vacas lentamente sin pastor ni guía.

Termina la descripción con un hermoso elogio a Tacámbaro:

Sobre las rojas tejas que con la lluvia huelen a jarrito nuevo; sobre los campos moteados de azucenas; sobre el divino espejo de la Alberca en donde los siglos peinan sus cabelleras grises; sobre los trapiches crueles que lo mismo chupan la sangre del peón que la miel de cana, se extiende este cielo maravilloso de Tacámbaro, como un cortinaje de zafiro; y en las noches tranquilas, claveteado de estrellas, parece un arnero infinito por donde se filtra la luz de otros mundos. (p. 154)

Claramente, como si estuviera delante de ella, va trazando Romero aquella tienda apodada La Fama, por la cual transitaba toda la gente del pueblo. Tenía ésta tres puertas en la fachada que daba al mercado y otra que daba a la calle de atrás. Por dentro estaba dividida en tres partes. En la primera, sobre un mostrador cubierto de hule de cuadritos marrones, despachaba la manta, los percales y demás artículos finos. Al otro lado, apoyada en el mostrador, había una vitrina donde guardaba las piezas de listón, los alfileres, las horquillas y las tarjetas postales. En el centro se veían los tramos repletos de latas de pimientos marrones, chiles jalapeños, y ciruelas de España. También aquí se encontraban los tramos que exhibían los vinos, aquellos vinos fabricados por Romero mismo en su casa a base de recetas increíbles. En aquella tienda se vende de todo; y si algo faltaba, salía Ro-

mero por la puerta de atrás a buscarlo donde fuera y revenderlo "con su tanto de utilidad." (p. 154)

Entre los clinetes de La Fama se encontraban hombres enterados que miraban a José Rubén con cierto desprecio y preferían tratar de negocios con su padre, regatones del mercado, criadas engreídas, y chicos escuelantes a quienes todo les fiaba. Los domingos bajaban los peones y campesinos a los que Romero servía de secretario, de consejero, y a veces, hasta de médico. Escribía las cartas de amor que Miguel el albeitar mandaba a Juanita, aconsejando a ésta que no apresurara la respuesta para que se enyerbara más Miguel. A Don Merced, el viejo de Upanguaro, trasladaba fielmente al papel los versos que este componía, sin jamás osar corregírselos. Entre los que lo consultaban estaba Silverio, a quien le aprobó que se casara con sombrero de bola color café, pues era el único que tenía. También Zenón lo buscó para que le diera un nombre bonito para su primogénito. Un selecto auditorio de gentes humildes, de inculta inteligencia, pero de fácil comprensión se agrupaba alrededor de Romero para oírlo leer. Eran éstos Jesús el tablajero, Lazaro el cargador, La Serrucha, el pequeño limpia-botas, y Doña Lupe, la vendedora de pozole.

A las animadas tertulias que se llevaban a cabo en La Fama asistían Perea, Don Rutilio, y Brunito el farmacéutico. Era el primero un liberal teorizante que censuraba los actos de la Revolución; el segundo, un viejo inteligente y aristo-

crático que atacaba el nuevo orden social; y el último, un hombre a carta cabal, defensor de la Revolución.

Otro interesante personaje del pueblo era Manuel, vecino de Romero, que vistió luto por la muerte de su perro, pero no por la de su padre. En otro relato demuestra Romero su condescendencia hacia el prójimo cuando deja de leer los Estudios Indostánicos de Vasconcelos y se dedica a escuchar los despropósitos de aquel paisano que se jactaba de que no le gustaban los libros y despreciaba a los que se emocionaban con ellos.

A continuación relata el autor, en un ameno y gracioso cuadro, las ocurrencias de un personaje más, su sobrinito Tití, un pequeño filósofo. En este episodio demuestra el novelista lo bien que conocía la psicología de los niños.

Nos expone Romero en Desbandada su gran admiración por todas aquellas generosas, valientes, y estoicas mujeres pueblerinas. En uno de los cuadros más conmovedores de la novela nos traza la admirable figura de Remigia, la viuda del sargento López, al cual ella miente para que éste, a punto de ser fusilado, no desfallezca y muera un valiente. Como sobresaliente ejemplo de abnegación presenta el autor a María la del Hospital, humilde india mexicana que gastó su juventud cuidando enfermos en aquel sanatorio que más tarde abandonara el Gobierno. Allí permaneció, única y sola, amparando, a base de limosnas, a todas los asilados. De la incontestable lealtad

de Aurelia, la criada de su casa, hace Romero especial recuerdo, pues perdió esta la vida en defensa de su ama.

Es El pueblo inocente<sup>5</sup> la novela de la vida social de la provincia. En el lenguaje familiar, real, y vivo del pueblo el autor nos describe los movimientos, los intereses y las conversaciones de la gente en Ario de Rosales. Se puede decir que esta es la primera novela de Romero porque en ella hay continuidad en el argumento y los personajes están más desarrollados. El trama es directo y sencillo. Relata los acontecimientos que le ocurren a Daniel, joven estudiante que regresa a su pueblo natal para pasar las vacaciones de invierno. Es Don Vicente, viejo setentón, parlachín, borracho, experto conocedor de la comarca, el constante compañero y consejero de Daniel. Ambos asisten a ferias, fiestas, serenatas, paseos campestres. Se enamora Daniel y teje intrigas ayudado por don Vicente. Y es así como el autor le va dando relieve a los sencillos actos cotidianos de aquel pueblo michoacano y nos deja ver el alma de aquellas gentes simples.

Empieza la novela con el cuadro pintoresco de don Vicente esperando en la estación de ferrocarril la llegada del amito Daniel. El viejo "parecía una estampa tradicional, con su pantalonera de gamuza, su colete de cordoban amarillo, su

---

<sup>5</sup> José Rubén Romero, El pueblo inocente in Obras completas de José Rubén Romero (México: Ediciones Oasis, S. A., 1957).

faja colorada ... y su sombrero de paja ... ." (p. 198) Llega Daniel, emprenden el viaje al pueblo, y ya en camino va don Vicente refiriendo todas las noticias que serían de interés para el muchacho que ha estado ausente de su pueblo y lejos de su amigos. En una habla llena de regionalismos, refranes, y figuras pintorescas, expone don Vicente toda su sabiduría pueblerina. Se entera el lector que ha sido el personaje en su larga vida, arriero, mayordomo de campo, cobrador de la aduana, mozo de estribo, amansador de potros, porquerizo y capador de buena mano. Es interesante su referencia al matrimonio, diciendo unas veces que se le olvidó casarse, y citando en otras ocasiones los nombres de sus imaginarias esposas. De su dijunta Petrita dice que heredó, "la salú de que disfruto, amigo, que si me hubiera casado, ya estaría en el infierno acompañando a todos los demontres." (p. 199) Hablando del hecho de que es borrachito por gusto dice que su borrachera es de alegría si le invitan a una fiesta; es de sonrojo y humilde si lo que toma es fiado; pero si él paga se siente brioso, insultador y atrevido. Entre la animada plática del viejo descubrimos unas palabras que revelan la proximidad en que viven los rancheros con la naturaleza:

Mira, Daniel, el Arado y las Tres Marias asoman ya; Sirio nos hace señas desde el Sur con su puro encendido, y por encima de nuestras cabezas, Santo Santiago va encendiendo todos los farolitos de su carrera. (p. 204)

Son estas metáforas expresiones naturales y sencillas del hom-

bre solitario que ha pasado largas horas nocturnas en el llano, en el desierto, o en el mar; y que se impresiona con el espectáculo que tiene enfrente.

Ya en el pueblo Daniel va haciendo visitas a todos sus amigos y conocidos, los cuales le querían como "a un diablillo familiar, alegre y juguetón." Y así se va conociendo de cerca a la gente.

En compañía de su amigo Alfonso sale Daniel de paseo y se encuentra primero con El Francés, dueño del mejor comercio del pueblo, una tienda donde se vendía toda clase de mercancía. Sin embargo, la tenía siempre bien escondida para protegerla en los trances de alarma y al mismo tiempo no pagar contribuciones por aquello que no se ve. Además, este sistema le facilitaba escoger a su clientela y vender siempre al contado. A los tracaleros les negaba el saludo. En cambio a Daniel lo estimaba mucho, celebrando siempre sus travesuras.

Luego hace Daniel su visita de cumplido a doña Trini, viuda cuarentona, que "limpiaba a todo el pueblo detrás del mostrador de su tienda, invocando a cada paso su desamparada viudez." (p. 213) Gustaba ésta de oír los "cuentos verdes" aunque después se escandalizaba y se hacía de "la boca chiquita."

De paso conocemos a don Jesús, El Inocente, al cual, cuenta la gente, Dios ha castigado blanqueándole prematura-

mente la cabeza por haber pintado de negro a una yegua vieja para después venderla por caballo a su amigo Rossano.

Otro interesante tipo es don Alipio, quien andando una vez en una de sus acostumbradas borracheras, ordenó dos docenas de pianos; y el siguiente día aseguraba que él había comprado latas de chiles en vinagre y no pianos.

Más adelante presenta Romero una pareja de patéticos personajes. Sutilmente hace un comentario irónico cuando describe a los dos pequeños huerfanitos, hijos de Verduzco y de Rentería, buenos amigos y socios que un día rieron y se mataron. Van estos chicos unidos por el mismo dolor, y tal vez piensen, "Padecemos hambre, pero somos hijos de dos valientes. ¡Inútil mentira gloriosa!" (p. 219)

Después nos encontramos con el nuevo párroco, la hermana de éste y sus dos hijas, que, dice don Vicente, son "sabrosos suspiros de monja." Era Sara, la mayor, "de formas acusadas y regordetas, con el cabello tirando al rubio de las mazorcas en sazón," y de ojos "... claros y cambiantes como el azul del agua de Tzirahuen." La menor, Ester, era delgada y fina, cuyas formas apenas se podían adivinar "debajo de la clausura del vestido que, celoso, la enfundaba desde los pies hasta la barbilla ... ." Tenía ojos "de un negro sombrío y aterciopelada como el de las pichecuas." (p. 219)

Se enamora Daniel de Ester y empiezan las intrigas: la ingenua correspondencia de la cual es Tamborillas hábil

portador, las rondas nocturnas, la asistencia a misa por las mañanas, las serenatas. En sus enredos amorosos contaba Daniel con "una complicidad colectiva, y Ester parecía la novia de todo el pueblo." Romero nos da aquí un claro ejemplo del gran relieve que toman los pequeños intereses cotidianos en una pequeña comunidad. "Ya pasaron a misa," le informaba Manuela, La Pistola, barredora de calles, a Daniel cuando éste madrugaba para ver a Ester en la iglesia. Otro amigo le avisaba de una hermosa camelia que podía regalar a su novia. Su compañero Alfonso le ayudaba a despistar a la suegra y al cura en las largas horas de vigilia nocturna; y el constante don Vicente le ayudaba a salir de casa por las noches. Todos los rancheros presenciaban, sonriendo, el intercambio de cartas en la plaza. Sobre este tema dice el autor John Frederick Koons en su libro Garbo y donaire de Rubén Romero lo siguiente,

. . . Desde el punto de vista psicológico, este atributo de los pueblos favorece la exteriorización de las emociones y de los impulsos. Contrarresta la inversión y las presiones interiores que aumentan los casos neuróticos. Hay tiempo para que los vecinos noten la floración de una camelia, y hay sentimiento suficiente para que la recomiendan a un destino romántico. El sentido de lo bello está vivo en la gente del pueblo inocente.<sup>6</sup>

Continúa Daniel con su empresa romántica hasta que un día recibe una carta de Sara en la que ella se le declara con mucho menos reserva que la que Ester utilizaba. Se inspira el

---

<sup>6</sup>Koons, Garbo y donaire de Rubén Romero, p. 56.

joven y empieza entonces una serie de citas nocturnas bajo la vigilancia de don Vicente. Está la muchacha dispuesta a entregarse pero Daniel débilmente la rechaza, aconsejado por don Vicente. Muy a tiempo se terminan las vacaciones y regresa el joven al colegio. Poco después se entera por medio de su amigo Alfonso que Sar sufre de embarazo y el responsable es el cura Soriano. Comprende entonces Daniel que querían engañarlo "para que sirviera de amigable componedor de honras." Al mismo tiempo recibe la dolorosa noticia de la muerte de don Vicente. Con lágrimas en los ojos declara el muchacho que al morir aquel viejo se ha ido "un símbolo, la encarnación cabal de nuestro pueblo, de nuestros pueblos todos, inocentes, ladinos, incautos y maliciosos."<sup>7</sup>

Por toda esta novela se encuentran ejemplos de las costumbres michoacanas. De gran interés es la descripción del Día de Difuntos, según los ritos tradicionales de los tarascos de Michoacán. Para ellos los muertos no adquieren esencia divina; siguen atados al mundo, y por tal razón, están sujetos a las necesidades humanas. Es por eso que en los días de ofrenda los camposantos semejan un banquete de bodas. "Sobre las sepulturas se extienden las blancas servilletas pespunteadas de rojo; en humilde vajilla de platos de los Dolores, sirven al muerto los manjares que fueron más de su agra-

---

<sup>7</sup>Romero, El pueblo inocente, p. 265.

do ... ." Luego pasan de sepultura en sepultura con el comentario, "Mi difuntito quiere brindar con el suyo." (p. 218)

La noche de gallo, noche en que se lleva serenata al ser amado, está vivamente descrita. Se reúne Daniel con un grupo de amigos jóvenes; y acompañados de don Vicente, don Alipio, único casado presente allí con permiso de su mujer, y el Pito Pérez, que se designa a sí mismo maestro de ceremonias, recorren todo el pueblo en sonoro desfile. Alegrementemente van parando junto a las ventanas de la novia de cada uno de los jóvenes, cuidando de que se mencione el nombre de éste o de aquél para que cada muchacha sepa quién le llevó la serenata. En una de las casas son recibidos con una piedra lanzada por el irritado padre, al cual ellos corresponden con una picante canción a prudente distancia. No se quedó atrás el Pito Pérez, y también entonó un apropiado son a don Narciso, el cual le había negado unas copas para curarse la cruda. Con gran nostalgia recuerda Romero aquellas noches, "¡Clásica noche de gallo, quizá los jóvenes de hoy te llamen cursi, pero los pueblerinos de ayer, vibrando a tu amable recuerdo, siempre te llamaremos bella!" (p. 227)

Otro ejemplo del costumbrismo michoacano fue la celebración de la fiesta de la Virgen de Guadalupe. Ese día el pueblo amaneció lleno de regocijo. Desde la víspera empezaron a oírse los pitos de la chirimía y el redoble del tamborillo por las calles. Las casas engalanaron su exterior con

macetas tupidas de flores, muebles de la sala, y jaulas con los pájaros de más estima. Por la tarde las gentes, vistiendo sus mejores trajes, se apresuraron al portal para escuchar la retreta de la cual estaban encargadas las señoritas de la típica. Legada la noche, se dirigieron al kiosco para escuchar a la banda de músicos aprendices, de la cual Daniel era miembro. "Por todas partes encendían sus faroles de papel de China los puestos" donde se podía comprar de todo--borrachitos empapados de miel, muéganos, jaletinas multicolores, y gallitos de caramelo.

Una ilustración más de las costumbres de Michoacán es el pintoresco relato que hace Romero del paseo al rancho de Zurupio. Todo el pueblo se unió para festejar el éxito de las agrupaciones musicales. Cada cual propuso llevar algún manjar o antojito típico. El Presidente Municipal ofreció veinte burros para transportar a las mujeres. Y el día señalado, salieron todos muy de mañana, tomando lentamente el angosto sendero del monte. Entre gran animación y alboroto, bajo un bello panorama, pasaron el día comiendo, escuchando amenos y chistosos cuentos, y cantando alegremente con el acompañamiento de doña Lugardita y sus hijas.

Es evidente, en las tres obras ya analizadas, que en el alma de Romero está arraigada la provincia, la cual él ve como "lo más sano, lo más bello, lo más generoso" de la Patria. Fue el novelista un hombre del pueblo; sintió viva y hondamen-

te lo bello de aquellos paisajes y de aquellas gentes sencillas y humildes. Y aun así dice, "Me entristece no tener otra cosa que decirle a la tierra que me dio el ser, que un adjetivo torpe y desmañado."<sup>8</sup>

---

<sup>8</sup>Romero, Viaje a Mazatlán, p. 800.

## La Revolución

Es José Rubén Romero su propio biógrafo, ya que describe en cada uno de sus libros algo de su pasado dentro del ambiente provinciano en que se desarrolló. Mas no se limita el autor a presentarse a sí mismo como personaje, sino que "mantiene el ojo puesto en la sociedad de su tiempo,"<sup>1</sup> que resulta ser la sociedad de los últimos años de la dictadura de Díaz, de la Revolución, y de la post-Revolución. Por el simple hecho de que la Revolución Mexicana está ligada a sus pasado, la vemos constantemente en el fondo de toda su obra. Es por eso que se le llama novelista de la Revolución. Pero no se basa Romero en ella como tema primario, como lo hicieron otros novelistas--Mariano Azuela, Martín Luis Guzmán, y Gregorios López y Fuentes. Lo que desea es hablarnos de su propia vida, y da la casualidad de que en su pasado surgió un hecho revolucionario.

Del gran movimiento que fue la Revolución brotó una vasta producción literaria. Pero como este movimiento fue una combinación de fuerzas heterogéneas, de momentos esporádicos de gloria y tragedia, sus novelistas también emplearon modos distintos de relatar los acontecimientos revolucionarios.

---

<sup>1</sup>Gilberto González y Contreras, El hombre que supo ver (La Habana: Imprenta "La Verónica," 1940), p. 100.

Aunque todas las novelas pertenecientes a este género tienen algunas características comunes--relatos autobiográficos, cuadros desarticulados, visiones episódicas, personajes poco desarrollados--cada cuna es presentada según el autor siente la necesidad de relatar como fue o qué fue aquel movimiento.

No son estos novelistas típicamente revolucionarios, sino más bien pesimistas, negativos, antiteóricos, anti-intelectualistas, episódicos, amigos del campesino y del indio, y aunque admiradores del caudillaje popular no están ciegos ante sus abusos y defectos. Por lo general son fatalistas, desilusionados, amargos, pero se descubre en su crítica el horror de volver a las condiciones sociales previas a la Revolución. Entre estos novelistas se encuentran los que narran sobre los propios acontecimientos guerreros y los que hablan de los eventos antes y después de las luchas en los pueblos o en los campos mexicanos. Según el catedrático chileno, Fernando Alegría, debemos de

... aceptar como características de la Revolución no sólo a las novelas de acción guerrera, sino también a aquellas que interpretan la periferia del hecho histórico y lo sondan en planos psicológicos, filosóficos o sociales.<sup>2</sup>

El iniciador de la novela de la Revolución fue Mariano Azuela, escritor revolucionario, que ejerció su profesión de médico en las filas de Pancho Villa. Su obra maestra, Los

---

<sup>2</sup>Fernando Alegría, Historia de la novela hispanoamericana (México: Ediciones de Andrea, 1966), p. 142.

de abajo, fue inspirada en estas experiencias personales. Se muestra Azuela adverso a la Revolución como lo vemos en esta obra en la que expone las crueldades de aquellas luchas, describiendo admirablemente la realidad; y no abriga ninguna esperanza acerca del resultado final de aquel movimiento desgarrador. De igual contenido son sus demás obras, como Los caciques y Las moscas, en las que aparece siempre como testigo fiel de la confusión y desorientación de aquellos años difíciles; y en las cuales no se encuentra la nota positiva de fe y confianza en aquella Revolución de la cual tanto se esperaba.

Otro novelista revolucionario es Martín Luis Guzmán, quien como Azuela, también participó activamente en las luchas revolucionarias. Su obra se mueve entre el reportaje periodístico y la intimidad de la política. El aguila y la serpiente es uno de los grandes libros de la Revolución en que Guzmán presenta una colección de retratos de los grandes hombres del movimiento revolucionario. Al contrario de Azuela, que se interesa por el pueblo humilde, a Guzmán le interesan las grandes figuras y las acciones de éstas. Esto mismo se nota en otra de sus mejores obras, La sombra del caudillo, que fue inspirada en el ambiente de intrigas, de ambiciones y de deslealtades en la administración de Plutarco Elías Calles.

También Gregorio López y Fuentes es autor de la Revolución. La masa figura como protagonista en sus novelas, co-

mo lo vemos en Tierra, Campamento, Mi general, Huasteca. Son éstas obras políticas en las que se destacan el odio, el fraude, el oportunismo, y la traición al campesino. También se preocupa este novelista por el indio y su participación en el movimiento revolucionario.

La participación activa de José Rubén Romero en la Revolución, aunque mínima, fue una intensa experiencia de su vida, y por consiguiente se convirtió en un recuerdo vital. Precisamente por eso el crítico González Contreras dice:

. . . es gracias a José Rubén Romero que hay una literatura verdadera de la revolución real. Fijemos la palabra dentro de su sentido y su contorno: de la revolución en los hombres, en los bienes, de la revolución en profundidad, de la revolución aprendida, y vivida por ... José Rubén Romero, niño de la revolución, en su cotidiana brega contra los caciques, los todopoderosos jefes militares y el clero.<sup>3</sup>

En aquel ambiente pueblerino aprendió por su propia experiencia y por la de sus vecinos lo que son los sentimientos y las pasiones que mueven a una sociedad. Por su temperamento sentimental, filantrópico, y justiciero se horrorizó de los abusos e injusticias cometidas contra su pueblo. Sin embargo, su propósito no es el de defender "una ideología determinada; no es político ni escritor de combate. Ciertas cosas le caen bien; otras le revientan ... ; es anticlerical, pero no anti-religioso."<sup>4</sup> Es enemigo de todos los poderosos e in-

---

<sup>3</sup>González Contreras, El hombre que supo ver, p. 98.

<sup>4</sup>Alegria, Historia de la novela hispanoamericana, p. 155.

justos, de las dictaduras, y del caciquismo. Se ve obligado a condenar los abusos, pero no lo hace entrando en largas prédicas o mensajes de ninguna doctrina, sino que lo hace por medio de la sátira, empleando la simple sabiduría popular del pueblo que es la que mejor expresa su filosofía de la vida.

La obra de Romero es revolucionaria sin que así lo haya determinado. "No nace de un acto de volición sino que brota de las sustancias humanas de su hora y se nutre de lo más hondo del subsuelo."<sup>5</sup> En Apuntes de un lugareño<sup>6</sup> tenemos el ambiente social de la provincia durante la época de Porfirio Díaz. Allí, lejos del ambiente político de la capital y arraigada y resignada a las costumbres y tradiciones de largos años, la gente pueblerina pasaba los días preocupada sólo con las faenas cotidianas. Existían algunas personas quienes, ya sea por ser educadas o por ser de espíritu independiente, se daban cuenta de las injusticias de aquel gobierno porfirista. Pero éstas se conformaban con sólo criticar o ridiculizar a los representantes de tal administración.

Era don Melesio Romero uno de estos hombres, de ideas liberales, en cuya tienda se reunía un pequeño grupo de hombres que compartían sus ideas; y de los cuales José Rubén aprendió sus ideas anti-clericales. Por ser éstos los únicos libe-

---

<sup>5</sup>González Contreras, El hombre que supo ver, p. 98.

<sup>6</sup>Romero, Apuntes de un lugareño.

rales en el pueblo, les apodaban masones y eran objetos de terribles anatemas que el cura lanzaba sobre ellos, incitando a los fanáticos conservadores para que terminaran con ellos. Tenemos aquí un buen ejemplo del enorme poder e influencia que ejercía el clero sobre aquella humilde gente, pues llegó el día en que el cura logró que los fanáticos conservadores boicotearan la tienda de don Melesio. Entonces tuvo éste que salir del pueblo en compañía de su familia, y se instaló en la Ciudad de México.

Después de una estancia de siete años en la capital, la familia Romero se trasladó a Ario de Rosales, donde don Melesio ejerció el puesto de Prefector. En aquel ambiente José Rubén se dio cuenta de que los abusos gubernamentales durante aquella época porfirista existían en todas partes. Durante su prefectura, don Melesio se enteró de que el Ayuntamiento de la Huacana malversaba sus fondos; y como buen administrador que era, salió con ese destino para hacer una investigación. Comprobó las acusaciones y puso presos a los municipales responsables. Como única recompensa a un oficio bien administrado, el buen hombre fue acusado de un acto arbitrario; y el gobernador le cesó el puesto.

Por un breve tiempo trabaja José Rubén como secretario de un notario público; y se da cuenta de todas las miserias, injusticias, y expoliaciones que sufría su pueblo. Presencia allí a

. . . pobres indios, incautos, que entregaban a su hijuela a cambio de unos cuantos pesos, para gastarlos en la mayordomía de alguna imagen; albaceas, sin conciencia, arruinando menores; viudas engatusadas por los frailes, que cambiaban sus casas por responsos! (p. 64)

Y renuncia a aquel puesto repugnante pues prefiere "mil veces la miseria, a estas indecencias de las que un notario daba fe y yo testificaba a 50 centavos la firma." (p. 64)

Cuando Romero servía de secretario al subprefecto Salvador Escalante, tenía largas conversaciones con él sobre la política del día. Ya para entonces empezaban a llegar a Ario de Rosales los ecos de la Revolución maderista. Se oía de las luchas rápidas, casi sin derramamiento de sangre y de los varios jefecillos que brotaban por todas partes. Comentaba Escalante sobre este tema:

Un general más en la lista. Haría lo mismo que don Porfirio, ¿no cree usted? Es imposible que nuestra patria siga así. Hacen falta gentes nuevas que lleven un soplo de humanidad al gobierno. El campesino, al subir al poder, conocerá mejor los problemas del campo; el humilde maestro al llegar a ministro, estará más cerca del niño proletario. Pero hay que moverlos a todos periódicamente, para que no formen también, al cabo de unos cuantos años, otra casta de privilegiados, porque a la postre, todos los hombres somos iguales y nos acostumbramos fácilmente a la vida regalona. (p. 83)

En estas últimas palabras de Escalante manifiesta claramente Romero su amplia comprensión humana. Reconoce las debilidades del hombre, pues él mismo llegó a conocer de cerca a personas de nobles ideales, que al llegar a más, los perdieron de vista.

Estas faltas humanas las observa el novelista en el

ambiente político al que llega como resultado de la breve parte que desempeña en el movimiento revolucionario. Se incorpora a las filas el día en que don Melesio y Escalante se proclaman contra el gobierno porfirista. José Rubén nos cuenta su participación en ese evento, "más con deseo de sonreír de sí mismo que de engrandecer sus modestas hazañas."<sup>7</sup>

Al verse envuelto en aquella aventura de antemano se sueña "conspirador peligroso, héroe, o mártir abnegado."<sup>8</sup> Pero fue aquel un levantamiento improvisado, entusiasta, inspirado en el reconocimiento de que no habría mucha resistencia pues Madero contaba con el apoyo del pueblo, y el régimen de Díaz estaba por derribarse. Vemos en esta ocasión un ejemplo de la pasividad de aquella gente pueblerina pues la mayoría de ellas no comprendía por qué tenía que haber un levantamiento. Doña Lola Vincentelo, alias El Pico de Orizaba, regaba a Escalante que renunciara a su actitud y ella arreglaría con el Gobierno para que lo perdonaran.

Otro ejemplo de la pasiva actitud de la gente se ve en la falta de entusiasmo que exhiben los hombres por lanzarse a la lucha. Cuando se cree que van a entrar los rurales al pueblo, José Rubén es nombrado para defender el puente, y cuando este pide voluntarios, nadie responde. A duras penas re-

---

<sup>7</sup>Antonio Castro Leal, La novela de la revolución (México: Imprenta Aguilar, 1960), p. 4.

<sup>8</sup>Romero, Apuntes de un lugareño, p. 86.

une diez hombres, y se van al puente donde esperan largas horas hasta enterarse de que los rurales han tomado otra dirección. Durante aquella larga espera, Romero se pregunta por qué se han levantado en armas, y se contesta que ha sido para libertar a las masas, para lograr la igualdad, para terminar con la dictadura. Pero una voz interior le grita: "¡Hipocritas!, no se han alzado por eso. Tu, porque eres un ambicioso; Escalante, porque es un amargado; Alfonso, porque es un triste y todos, porque son pobres." (p. 89) Una vez más demuestra el novelista su clara percepción del ser humano. En el fondo todo individuo es un egoísta.

En un tono burlón y humorístico describe el autor a aquella tropa de ciento diecisiete hombres, "sumados infantes y dragones," que salió de Santa Clara rumbo a Morelia. Aquella tropa no tenía un aspecto muy guerrero. Escalante "en su yegua alazana parecía un empleado de campo de cualquier ingenio" y Romero en un "caballo lobo, ovachón ... " parecía un "seminarista que vuelve a sus estudios después de vacaciones." (p. 91)

Ya en camino se encuentra con un pequeño grupo de soldados federales, que comenzaron a huir a los primeros disparos. Sin embargo, doce de ellos se rinden y se los llevan presos. Al anochecer paran en la finca de don Pepe Juárez, y aquí hace nota el autor de una escena irónica. Allí fraternizaban el y Escalante con los ricos, disfrutando de una "cena de corte-

sanos más que de rebeldes." En aquel ambiente se olvidaron de sus ideas igualitarias, mientras sus "compañeros de lucha se agruparon friolentos y humildes en los corredores de la casa, después de haber tomado por todo banquete, su porción de tortillas y de frijoles, como cuando eran siervos pacíficos de la dictadura." (p. 92)

Después de aquella noche en la finca de los ricos, los revolucionarios se ponen en marcha de nuevo. Poco después Escalante juzga necesario mandar a José Rubén a Patzcuaro para ponerse al tanto de los movimientos del Gobierno. Allí se da cuenta Romero de que el pueblo no hace ninguna resistencia; y así se lo avisa a Escalante. Este va entrando en pueblo tras pueblo, y es recibido con gran entusiasmo en todos. Ya en mando de ochocientos hombres entra en Patzcuaro, coincidiendo su llegada con las últimas victorias de Madero en el Norte. Entonces de Morelia se envía a Patzcuaro una comisión de destacados elementos--inteligencia, capitalismo, aristocracia; y en los brindis de aquellos banquetes de regocijo se destacan esos señores bien vestidos y callan los valientes luchadores. ¡Gran ironía de toda revolución! El pobre que nada tiene que perder, mas que la vida, la juega toda para lograr un poco de lo que humildemente ha pedido y se le ha negado. Pero muy pronto se encara con la cruel realidad de que nada ha cambiado; la vida sigue su curso normal: "... el rico manda, y el pobre obedece; el cura lanza sus anatemas contra los mismos

herejes liberales y aguza a sus fanáticos para que chillen sin cesar. ... El indio va por los caminos con su huacal al hombro y el peón se desmaya en el surco para poder cobrar sus miserables 25 centavos." (p. 96)

En unas breves pero reveladoras palabras expone Romero las simples esperanzas que todo pobre lanzado a la lucha tenía en el resultado final de la Revolución. Es feliz porque ésta le ha dejado tres cosas grandes, nobles, y buenas-- caballo, rifle, abrigo. Aquella gente humilde no codiciaba riquezas ni poder; estaba satisfecha con poseer los elementos indispensables para el cotidiano vivir.

Después de su breve participación militar, el novelista entra en el medio político, aceptando primeramente el puesto de secretario particular del doctor Miguel Silva, gobernador de Michoacán. De aquel ambiente habla con cierta tristeza pues no puede soportar los cambios que ve en los hombres políticos a consecuencia de su subida al poder. Se ve en el autor una cierta ironía y parece estar consciente de la fútil que es la ambición. Reconoce que al elegirlo gobernador se le ha hecho un gran daño a aquel buen samaritano, el doctor Silva. Siendo éste un hombre de buen corazón se vuelve indeciso a la hora de las resoluciones por no ofender a nadie. Sufre pérdidas económicas en su profesión a consecuencia del tiempo que el gobierno le demanda, y paulatinamente se va convirtiendo en un individuo amargado. Domina la amargura, la incer-

tidumbre, y la debilidad en esta buena persona, y su espíritu se rompe por completo al enterarse del asesinato del Presidente Madero y de las sangrientas luchas que prosiguen. Con el ascenso de Huerta al poder, el doctor Silva renuncia a su puesto.

En estos momentos los sentimientos de Romero son una mezcla de pena, de duda, y de coraje: de pena, porque se alejaba de un buen amigo; de duda y coraje porque hubiera preferido que el doctor Silva demostrara más firmeza y no dejara, "como el marinero ... el timón de su barco." (p. 111) Pero tiene el novelista una honda comprensión humana; y reconoce que su ídolo es un simple mortal y como tal, también falla. Su filosofía política es corta, exacta, popular, basada toda en sus impulsos románticos y en el coraje sentimental. Su rencor y despecho es inmenso ante "el egoísmo de los de arriba que solo piensan en ellos y recogen siempre, como un don merecido, el sacrificio de los demás, sin sentirse obligados a nada." (p. 112)

A pesar de esta primera desilusión por el ambiente político, Romero sigue desempeñando el mismo cargo durante el período gubernativo de los dos sucesores de Silva. Son aquellos "meses de calvario, bajo la dominación huertista." (p. 111) Se encara con todas las intrigas, deslealtades y vicios del gobierno de aquel usurpador. Continúan por todo el país los levantamientos contra Huerta. Romero recibe una carta de su pa-

dre donde le relata los incidentes de la toma de Tacámbaro por un bando de revolucionarios. Sobresale en esta simple narración la admiración y el orgullo que siente el pueblo por aquellos que tan valientemente pelean por su libertad. Habla don Melesio del valor y de la generosidad de los revolucionarios, que perdonaron la vida del teniente al mando de las tropas federales y le proporcionaron una mula para que saliera del pueblo. Alaba el sacrificio del chino Jiménez, gravemente herido mientras recogía heridos para atenderlos en su casa. Relata orgullosamente el hecho de que Sarita Torres ayudó a los revolucionarios con sus propias manos a cargar los rifles, y después del combate les proporcionó alimentos. Admira la desinteresada valentía del jefe revolucionario, Gertrudis Sánchez, hombre sencillo, de buenas intenciones. Termina su carta con una petición que suena a esperanza--pide a su hijo que le mande periódicos para saber como andan las cosas y cuando se acaba el pelon. Pero lo irónico del caso era que los diarios pertenecían al gobierno, y solo publicaban noticias absurdas de imaginarias batallas en las que siempre salían vencedoras las tropas del gobierno y en las que se exageraban las derrotas o defecciones de los rebeldes.

Cuando Huerta manda un tercer sucesor al gobierno de Michoacán, José Ruben se ve obligado a salir del pueblo, por ser acusado de agitador a sueldo de Silva. Se decide tomar el tren directo a la capital; y ya acomodado en el asiento,

al pasar frente a la estatua de la Justicia, le parece que ésta quiere " ... arrancarse la venda de los ojos, tirar en malahora las balanzas y emprender también el camino, sin rumbo, con el anhelo imposible de encontrar un país donde no se le venda o se le burle." (p. 122)

Ya en la capital el autor se encuentra de nuevo con el doctor Silva, que ahora trata sólo de dedicarse a su profesión. Pero es aun objeto de denuncias y ataques periodísticos por su filiación liberal y maderista y por su interés en liberar de la prisión o de la muerte a ciertos individuos que se han declarado revolucionarios. Se reúnen en su casa un grupo de liberales, entre ellos Romero, y discuten los acontecimientos revolucionarios del día. Luego el novelista se dedica a recoger noticias o rumores de los incidentes que se desarrollan en el norte del país y los transmite al doctor Silva. Sin embargo, aquel joven no tiene la vocación debida para dedicarse completamente a " ... los ajetreos de la política." Sus veintitrés años " ... no se resignaban a una vida de intriga." (p. 127)

Durante su breve estancia en la capital, le visita un paisano suyo; en el relato de este incidente se muestra Romero provincial y humanitario, un hombre sencillito lleno de orgullo y de respeto por los suyos. No se avergüenza de andar por la ciudad con aquel individuo " ... de traje mal cortado o de zapatos de dos orejas ... ," aunque sus conocidos vuelven la ca-

ra para no saludarle. Pacientemente traduce al lenguaje capitalino el habla pueblerina de aquel paisano cuando éste ordena algo que comer en un restaurante, y la mesera no le entiende. Romero le explica a ésta que son extranjeros; y entonces ella les ve con más respeto. Aquí intercala Romero su crítica acerca de la explotación extranjera:

Pronuncié, sin saberlo, la palabra sagrada: extranjero, que en México equivale a derecho de primacía, a señor de todas las cosas.

Nuestra tierra es un res desbarrancada, rica en despojos para los cuervos de otras nacionalidades. (p. 132)

Cuando se le acaba el dinero y se da cuenta de que a su padre lo han cesado en su puesto, José Rubén se ve en desesperada situación. Lo abandonan los amigos a quienes él siempre estuvo presto a ayudar, y en un arranque de lastimado rencor grita, "¡Qué mala suerte tengo para elegir amigos!" (p. 133) Empeña su reloj y compra boleto a Morelia para reunirse con su familia. Poco después de su llegada es aprehendido y llevado a un panteón donde está a punto de ser fusilado. Son aquellos momentos angustiosos en los que no se resigna a morir, asesinado por matones oficiales asalariados con el dinero de su pueblo. No se siente culpable de ningún crimen, juzgando sus actividades contra el gobierno más como "... un juego inocente de críticas y una rebeldía de adjetivos denigrantes." (p. 145) Muy oportunamente llega su padre con la orden de libertarlo. Y con este retorno de la eternidad da fin Romero a sus Apuntes de un lugareño. En esta obra vemos su primer desengaño con la Revolución, el cual le hace renun-

ciar a toda ambición política y se dedica al comercio abarrotero en Tacámbaro.

Como se mencionó anteriormente, Romero ha novelado sus experiencias en ese pueblo como dueño de una tienda de abarrotes en su segunda obra Desbandada.<sup>9</sup> Pinta esta la manera en que la Revolución interrumpió la tranquilidad de los confiadospueblos provincianos. Desde el mostrador de su tienda La Fama, el novelista observa como aquel movimiento revolucionario va destruyendo idealística y materialmente el alma del pueblo.

En aquel tendajón fluye el espíritu revolucionario. En las tertulias de los parroquianos de la tienda, se discuten ideas liberales y conservativas sobre la Revolución. Don Perea y don Rutilio censuran los actos de esta, mientras que Romero y Brunito el farmacéutico la defienden con gran entusiasmo. Un ejemplo de tales discusiones es la siguiente entre Romero y don Rutilio.

-Pero, ¿para qué ha servido la Revolución?

-Para que los peones coman, para que los maestros se multipliquen en las ciudades y en los campos, para que los explotadores del pueblo, negreros de apellidos ilustres, se larguen del país! Y, sobre todo, para que usted tenga la libertad de discutir estas cosas sin que lo lleven a la cárcel, como en la época de don Porfirio.  
(p. 165)

En el capítulo titulado "La paloma de Tía Casilda" se cuentan las atrocidades que han cometido las hordas del cabecilla Inés Chávez García en distintos pueblos de la provincia

---

<sup>9</sup>Romero, Desbandada.

michoacana. Representan estas el elemento más denigrante de aquel movimiento cuyo noble fin era la justicia y la igualdad para el pueblo mexicano. En nombre de la Revolución llevan a cabo matanzas, violaciones y saqueos. Pero en medio de aquella honda desolación, acontece algo admirable, según lo cuenta el autor a sus parroquianos:

Y un rasgo, sublime en su sencillez: el párroco de mi tierra, después de que los chavistas abandonaron el pueblo, convocó a todos los varones, y con patético acento los exhortó a que se casaran con las mujeres ultrajadas. "Uníos en el dolor--les dijo--y haced de vuestra desgracia, más que un dogal, una aureola." Y en el término de tres días, todas las solteras de Cotija encontraron esposo, lo mismo las ricas que las pobres, igualmente las feas que las bonitas. (p. 184)

Con mucha franqueza y nada de orgullo nos narra Romero el papel nada heroico que asumió cuando entraron los chavistas a Tacámbaro. Se vio preso de aquel pánico que "deforma de tal manera el concepto del peligro que, por defender una ña, sacrificamos inconscientemente la vida," y huyó a refugiarse en la parroquia. (p. 188) Allí se escondió por largas horas en compañía de dos guapas muchachas, sobre las cuales no tuvo malos pensamientos, pues "el miedo es sedante, es humilde, y es casto." (p. 189)

Cuando por fin puede salir de su escondite, se entera de los sangrientos infortunios que ha padecido su familia--el hogar está deshecho, su padre ha sido llevado en rehenes, la madre queda desvariando entre la vida y la muerte, y Aurelia, la criada leal, se ha sacrificado yendo a la defensa de su ama.

Se sanciona sin piedad por su cobardía. Es tan grande su dolor y su vergüenza que por primera vez, maldice aquella naturaleza que tantas veces elogiaba, acusándola de indiferencia y crueldad pues responde a sus lágrimas con la sonrisa de sus rosas.

Pero sigue siendo un romantico, un sentimental, pues confía "en la eficacia mística de la revolución."<sup>10</sup> Y aun cuando el dolor le apremia al contemplar aquellos "campos de soledad" en que se han convertido los almacenes de su tienda, sale en defensa de ella. Al preguntarle su compadre Perea si no maldice por fin la Revolución, contesta:

No, compadre Perea, pillaje y saqueo no son Revolución. Revolución es un noble afán de subir, y yo subiré; es esperanza de una vida más justa, y yo me aferro a ella. Hoy más que ayer me siento revolucionario porque de un golpe volví a ser pobre. La Revolución, como Dios, destruye y crea y, como a El, buscámosla tan sólo cuando el dolor nos hiere ... ."<sup>11</sup>

En su novela Mi caballo, mi perro y mi rifle expresa Romero su mensaje revolucionario en el que sigue la tradición de Azuela y Guzmán, aunque aparece más lírico y más sentimental. Como Azuela, el autor es pesimista, pues aunque justifica el levantamiento de los de abajo, los explotados, y se extraña de que haya tardado tanto en estallar esta rebelión, queda desencantado con el resultado final. Expone el novelis-

---

<sup>10</sup>González y Contreras, El hombre que supo ver, p. 101.

<sup>11</sup>Romero, Desbandada, p. 195.

ta aquí las diversas razones por las que se lanzaron "a la bola" aquellos lugareños. Julián Osorio, el protagonista, es el símbolo de los humildes ciudadanos anónimos, absortos en el cotidiano vivir, "seres sin significación y sin inspiración, contribuyendo con su trabajo y su sangre a la riqueza de la vida nacional, pero sufriendo en silencio por falta de expresión."<sup>12</sup> De pronto aparece la Revolución y les ofrece la oportunidad de expresarse, de actuar, de desahogar toda la amargura almacenada en sus almas. Se incorporan a aquel noble movimiento con la esperanza de construir algo mejor.

Huérfano de padre, vivió Julián con su madre una vida triste y enfermiza. Recuerda con amargura y odio su infancia de inválido, en la cual el personaje dominante era doña Concha, quien le sirvió de enfermera y compañera. Er ésta "una cotorróna muy varonil entrada en años ... " que " ... fumaba mucho y decía maldiciones tan gordas como las de los arrieros."<sup>13</sup>

Poco a poco fue cobrando la fuerza de sus piernas y pudo asistir a la escuela de don Severino, pues su madre quería que estudiara "con los niños más decentes del pueblo." (p. 274) Más que las primeras letras aprendió el niño en

---

<sup>12</sup>Koons, Garbo y donaire de Rubén Romero, p. 62.

<sup>13</sup>José Rubén Romero, Mi caballo, mi perro y mi rifle in Obras completas de José Rubén Romero (México: Ediciones, S. A., 1957), p. 268.

aquella escuela todos los infortunios que lo predispusieron contra el orden establecido. Los niños ricos se burlaron de su pobreza y aprendió que éstos eran objetos de irritantes privilegios. En cierta ocasión lo mandó la esposa de don Severino a la casa del señor Obispo para que entregara una charola de huevos frescos. Julián obedeció de mal humor. Al llegar allí se encaró con un incidente que lo enfureció; el señor Obispo regañaba a un sacerdote viejecito por haber bautizado al hijo de un ricachón del pueblo.

¡Crimen horrendo, espeluznante! Y, para expiarlo, era preciso que se arrastrara en el suelo un anciano de canas venerables, humillado, flagelado por las palabras rencorosas de aquel soberbio príncipe de la Iglesia.  
(p. 277)

¡Qué mejores palabras que estas para conocer los apasionados sentimientos anticlericales de Romero! La rabi que sintió el niño Julián ante aquella escena humillante le hizo olvidar la charola de huevos y cayó esta al suelo, estrellándose en mil pedazos. Feliz resultado de este accidente fue la despedida de Julián de aquella escuela en la que nunca fue feliz.

Tras las peripecias escolares, dedica Julián su juventud al desempeño de las faenas diarias, aburridas y opacas, en la hacienda de su madre. Sus únicos compañeros son los animales domésticos y los libros. Pasaba largas noches de desvelo leyendo avidamente los libros que lograba conseguir prestados. Cierta ocasión llegó al pueblo un dentista alemán, y al saber Julián que tenía muchos libros, se apresuró a pedirle algunos. El alemán le ofreció su biblioteca de Goethe, Schopenhaur, y

Spengler; y sufrió entonces el bochorno de sentirse tan ignorante. Aquellos libros estaban escritos en francés, en inglés, o en alemán. Se vio "perdido en un país extraño, en medio de una multitud de curiosos que me acecaban y se reían de mi facha de zafio lugareño." (p. 279)

Junto con su desarrollo físico, fue creciendo también su sensualidad, y terminó esta en su disparejo matrimonio obligatorio con Andrea, antigua amiga de su madre, quien le duplicaba la edad. El escándalo se pregonó por todo el pueblo, causando el total aislamiento del joven que lo llenó de amargura, soledad y tristeza. Aquella esposa y aquel hijo no le trajeron la felicidad que él anhelaba.

A pesar de su desdicha, el joven se resignó a su suerte y fue cumplido con su esposa. Durante el embarazo de esta, la acompañaba a la plaza para que sus hinchadas piernas hicieran algún ejercicio. En aquellos paseos, Julián se encontraba con los señores del pueblo "que se repartían el feudo, esto es: turnabanse la vara del mando--que no de justicia-- y con ella a todos median las espaldas." (p. 288) Estallaba todo su odio contra aquellos poderosos del pueblo, a quienes apodaban el Rey de Oros, el Rey de Bastos, el Rey de Copas y el Rey de Espadas. Eran estos hombres crueles que odiaban a todo pobre y se regocijaban viéndolo sufrir. Despojaban al humilde de sus propiedades; arreglaban el asesinato de algún enemigo; y mandaban a prisión a todo aquel que les estorbara.

De pronto llegaron los rumores de la Revolución y Julián la vio como una liberación, incorporándose a ella desde el primer momento.

Sutilmente nos deja ver Romero una típica reacción ante la noticia de la Revolución de aquella gente pueblerina. Doña Concha declara tranquilamente, "Por si viene la Revolución." La madre de Julián se pregunta por qué será y su esposo responde, "Tendrán ganas de matarse porque no son buenos cristianos." (p. 292) La arraigada preocupación por el cotidiano vivir, la indomable resignación a la vida de siempre, y el fanatismo religioso les cierra los ojos ante la posibilidad de acabar con la injusticia y la desigualdad.

Sin embargo, para Julián se abren nuevos horizontes. Lleno de emoción y de una elocuente fuerza creadora, se pone a discurrir sobre aquel noble movimiento. Su familia se sorprende y le pregunta qué tiene; y él contesta:

"Qué he de tener!, Me da gusto que una fuerza superior a nosotros este en marcha y pueda arrasar todas las cosas que yo odio. Deseo que haya revolución y que venga hasta nuestro pequeño mundo a remover viejas miserias. Si los demás lugares de nuestra República están organizados como el nuestro, con su jefecito político que aplica la ley fuga al miserable gañan por el hurto de una gallina, y en cambio manda las mañanitas a don Tiburcio, ese ladrón parapetado detras de la escritura de retroventa; si los frailes de los otros pueblos son tan orgullosos como los de aquí, que sólo alargan la mano para recibir la limosna del pobre; si los jornaleros del resto del país ganan los consabidos dos reales como en nuestras haciendas, y trabajan de sol a sol, me extraña que tarde tanto la revolución y que estén aun con vida capataces, curas, y legueleyos de pueblos. (p. 292)

En estas emocionadas palabras expone Romero su crítica

contra los abusos de aquella época--abusos cometidos por las tres grandes fuerzas del pasado de México: los caciques, los jefes militares, y el clero. Lleno de un socialismo cristiano pone toda su fe en "una revolución que sea como una enorme mano que nos mezcle dentro de una caja igual que pedazos de ajedrez, para que así, revueltos nos sintamos todos iguales ... ." (p. 293)

Irónicamente nota el autor el hecho de que fueron muchos los revolucionarios, pero todos de poco nada más. Cuando se llegó la hora de tomar armas, todos quedaron en casa cuidando de sus negocios o de sus familias, siendo los ricos los primeros en esconderse.

Julian es uno de los primeros en ingresar a las filas; y allí va conociendo a los diversos tipos de hombres que se lanzaron a la bola. Describe Romero vivamente a aquellos revolucionarios y sus razones por alistarse bajo las banderas de la revolución, aquellas banderas que llevaba cada uno ocultas dentro del pecho y que representaban un dolor, un desencanto, o una risueña esperanza.

Nazario Patiño era un hombre delgado, moreno, de edad indefinida, que vestía siempre de charro. Como no tenía familia, vivía en un mesón donde comía bien por poco dinero. Su profesión preferida era la de chalan, la cual practicaba con mucho éxito. Cuando se le pregunta por qué anda en la bola contesta: "Pues por defender mi caballo. Prefiero levantarme

en armas montado en él, a que otro se lo lleve." (p. 297) Su ideal es su caballo; y la justicia de la causa está en que no se lo lleven.

Aurelio Guevara era un ranchero valeroso de baja estatura de color encendido y de ojos claros, que solía tener un pleito en cada esquina cuando bajaba al pueblo. Gran platicador, exageraba las cosas hasta hacerlas inverosímiles. Vanidoso en el vestir, poco a poco fue adquiriendo su indumentario de soldado, al uso del Norte. Pronto se ganó el apodo el General Cananas; y es entonces cuando declara lo que él espera de la Revolución: "Oigo decir por ai que me dicen el General Cananas. No importa. General ya lo sere, y por mis ... cananas." (p. 299)

Ignacio Oropeza se allegó a la causa no como soldado pues era ciego; pero como animador. Había sido azucarero en un rico molino de la comarca por mas de veinticinco años. Gastó su juventud en aquel infierno y jamas gozó de las bellezas de la naturaleza. Pero amaba su trabajo y lo sobrellevaba alegremente, hasta que un desdichado día salto un chorro de vapor en su rostro y se apagaron para siempre sus ojos. Ya no pudo trabajar, y ciego y pobre lo echaron a la calle con una gratificación de trescientos pesos por sus trescientos meses de trabajo. Se acabó su alegría y se tornó amargo y rencoroso, y solo le quedaba una esperanza: que la Revolución acabara con la explotación de los peones; que les limitara las horas de tra-

bajo; que terminara con la tienda de raya, por la cual se vol-  
vía el amo lo que pagaba al trabajador; y por fin, que pusiera  
fin a la injusticia de que las deudas se heredaran de genera-  
ción en generación.

Necesito luego Julián sus arreos de soldado. Primero  
recibió el rifle que le otorgó el coronel González. Era aquel  
"un mauser reglamentario de caballería, pavonado y reluciente,  
presumido y orgulloso." (p. 312) El joven revolucionario le  
temía pues era cruel, "... con la crueldad del humilde que,  
de pronto, se cansa de serlo; decidido como el pobre que na-  
da tiene que perder en sus demandas ... ." (p. 302-303)

El caballo se lo consiguió Aurelio, quitandoselo éste  
al Rey de Oros que lo tenía escondido en su casa. Julián se  
sintió humillado junto aquel "soberbio retinto de cuello cor-  
to y levantado, con chorreón blanco en la frente." (p. 303)

Mas adelante se le apegaba un perro flaco y melenudo con  
el cual Julián había compartido su comida. Aquel perro ham-  
briento, objeto de piedradas y patadas, despertó con sus ojos  
húmedos y tristes la compasión del joven revolucionario. Era  
el animal, como él, "un paria de la sociedad, rebelde a la in-  
justicia." (p. 314)

Poco después tiene la tropa que salir del pueblo pues  
vienen los pelones. Emprenden la marcha hacia Tierra Caliente  
y no resulta muy favorable su campaña. Aquí da Romero un ejem-  
plo de lo desorganizado que estaba el movimiento revolucionario

en sus primeras etapas. Fue un levantamiento espontáneo, entusiasta, que contaba con poca organización--faltaba unidad en el mando, había escasez de armas y parque, y sobraban generales que llevaban cada uno su plan de ataque. También hacía falta lo más indispensable, la comida; y para sobrellevar el hambre se aferraba el revolucionario al principio de que, "El soldado mexicano sabe comer de todo, y también ayunar se es preciso." (p. 308)

Con cierta desilusión describe Julián aquella campaña a la que él se lanzara con tanto entusiasmo.

"Noches cerradas de tormenta escuchando la artillería de grueso calibre que desgaja encinas en torno nuestro; días de ayuno forzoso en los que sentimos envidia de nuestros caballos porque pastan en la hierba; horas de sobresalto en las que nos echamos a temblar porque un terrón se desprendió de la ladera y ha venido rodando a nuestros pies. Todo, porque nuestros cargadores están vacíos y la impotencia nos torna medrosos y pesimistas." (p. 312)

En uno de los episodios más destacados de la obra se describe la estratagema empleada para tomar la plaza de Ario de Rosales. Se preparó un torito de petate en el cual se escondió Aurelio con las armas; y los demás hombres, vistiendo traje de mujer, bailaban detrás de este, fingiendo participar en los festejos del Carnaval que se celebraba en aquellos momentos. Salieron triunfantes de aquella campaña pero don Ignacio el ciego murió, maldiciendo a los ricos.

Continúan las batallas hasta que cierto día la tropa es sorprendida por los federales. Todos huyen y Julián es

herido. En el delirio producido por la fiebre escucha la conversación entre los tres personajes que lo han acompañado: el caballo, el perro, y el rifle. El caballo aparece conservador; desdén el ideal revolucionario; y se enorgullece de ser "asiento de conquistadores, trono de reyes, confidente de paladines." (p. 325) El perro es el amigo fiel y sufrido, compañero del hombre en sus horas de tristeza; es el símbolo de la pobreza, del pueblo, de la Revolución. En cambio, el rifle es insensible; no es amigo de nadie, ni del rico ni del pobre; no le importa qué mano lo guíe. Vemos en este diálogo un compendio de la filosofía de Romero acerca de la Revolución, desencantada y escéptica unas veces; otras, esperanzada y segura de su progreso.

Por fin encuentran a Julián unas humildes gentes que lo esconden en su choza y le ayudan a restablecerse. El impulso generoso y desinteresado de aquellos campesinos le reanuda la fe y la esperanza que habían decaído mucho en él.

Paso largos y monótonos días en la humilde choza de aquellas nobles gentes que generosamente compartían con él sus miserables alimentos. Su agradecimiento le hacía forjar nobles sentimientos: "Cuando triunfe la revolución, la vida de los campesinos habrá de cambiar. ... el esfuerzo de nuestras luchas será para que ellos coman a saciarse, vistan como las gentes y tengan libertad de amar, de reír o de llorar, como les venga en gana. Nuestra revolución será el molde de otra es-

estructura." (p. 330)

Cuando se reúne Julián con sus compañeros se da cuenta de algunos cambios en ellos. Aurelio es ahora general, habiéndose ascendido él mismo; y declara que si no están conformes los del Norte entonces él se retira a su casa y organiza su propia revolucioncita. En Nazario se nota un cierto aire de superioridad y se entera Julián de que se debe a que le han ascendido. Hace una triste reflexión Romero sobre esto, observando que, "decididamente las jerarquías acaban con todos los lazos, con los de la mistad, con los de la gratitud, y hasta con los de la familia." (p. 335)

Hasta el campamento llegó de pronto Ramiro, el peón del molino, con un recado de Andrea, avisándole que regrese pronto pues su madre está agonizando. Julián vuelve a su pueblo disfrazado de arriero y encuentra a su madre muerta. De su esposa solo recibe reproches y el hijo le demuestra miedo. La única que trata de consolarlo es doña Concha. Siente hondamente la muerte de su madre y recuerda como ésta no amó la revolución y sin embargo con él se hizo rebelde. Intercala aquí Romero un tributo a las mujeres mexicanas, a las esposas, madres, e hijas, que no exhalan una queja al ver partir a sus seres amados y viven "rogando por el triunfo de una empresa que les robo los más queridos!" (p. 341)

Se aleja Julián de su pueblo, triste y amargado, pero poco después se regocija con el feliz término de la Revolución.

Pero su alegría es corta al observar, en una celebración de victoria, la odiada figura de don José María, el Rey de Oros, el cacique de su pueblo, codeándose amigablemente con los líderes revolucionarios. Su alma se llena de rabia y de desilusión al darse cuenta de que los mismos caciques seguirán en los mismos puestos del poder. Termina la novela con una nota de ironía. No puede contenerse más Julián y arroja con violencia su rifle, el cual al estallar en las piedras del patio dispara una bala indiferente que destroza el cráneo de su perro. Con enorme dolor y congoja exclama: "Mi carne, mi pueblo, que la revolución ha hecho pedazos para que los caciques sigan mandando!" (p. 345)

En Mi caballo, mi perro y mi rifle vemos los aspectos menos dignos y heroicos de la Revolución. Romero se ve desencantado y escéptico, pues para él la Revolución había fallado; no había cumplido con todo lo que de ella esperaba. No es el ideal el que ha decaído en él ni tampoco ha amenguado su fervor por la justicia de la causa. Pero su contacto con los revolucionarios le ha dejado un cierto sabor amargo en la boca. Sobresale la sátira en esta obra, mas es una sátira que "apunta siempre a los poderosos, a los que a la sombra de la Revolución se aupan y acrecen su peculio privado lo mismo que contra los que usufructuaban el régimen porfirista."<sup>14</sup> Por su

---

<sup>14</sup> Manuel Pedro Gonzalez, Trayectoria de la novela en Mexico (Mexico: Ediciones Botas, 1951), p. 240.

afinado estilo y original técnica novelística se pone esta obra a la par con Los de abajo de Mariano Azuela.

Hemos visto en estas tres novelas--Apuntes de un lugareño, Desbandada, y Mi caballo, mi perro y mi rifle--las reacciones de Romero hacia la Revolución. Su primer contacto con esta terminó en la desilusión y el desengaño, pues estuvo a punto de perder la vida por el solo crimen de haber luchado por la justicia y la igualdad. En Desbandada aparece un poco más optimista. En vez de maldecir la Revolución, después del saqueo y pillaje que acometieron las hordas de Inés Chávez en su pueblo, declara que estos hombres no representan el verdadero ideal revolucionario. Son éstos sólo una pequeña parte denigrante del noble afán de subir que es el movimiento revolucionario. Aun le queda la esperanza de un vida más justa cuando triunfe la verdadera Revolución. Sin embargo, otra vez en Mi caballo, mi perro y mi rifle se encara con el desengaño. El triunfo de las luchas no realiza el ideal revolucionario. No hay justicia ni igualdad; los mismos caciques siguen en el poder y el pobre sigue con las mismas cadenas.

No son estas obras de Romero verdaderas obras revolucionarias. No se encuentran aquí la crueldad ni las descripciones desesperadas. Reconoce el autor los vicios y las debilidades de la humanidad y desea atacarlos. Pero se siente inseguro de sí mismo y ríe para esconder su amargura. Por consiguiente, emplea la sátira, el chiste punzante, y la pi-

cardía para desahogar su desencanto. Sobre esta nota de pi-  
cardía sobresaliente en todas sus obras, se tratará en el  
siguiente capítulo.

### CAPITULO III

#### LO PICARESCO EN LA VIDA INUTIL DE

#### PITO PEREZ

Por su temperamento, por su educación, por su filosofía de la vida, por los temas y su manera de presentarlos, José Rubén Romero tiene parentesco con la picaresca española y con la de José Joaquín Fernández de Lizardi. En todas sus obras se ve la nota de picardía, pero es más sobresaliente en su novela, La vida inutil de Pito Perez. Esta es analoga a los modelos clásicos, mas se encuentran ciertas marcadas diferencias entre ambas. En primer lugar, el mundo en que se enmarca la obra romeriana es muy distinto al de los siglos XVI y XVII en España que dio origen a la picaresca. En segundo lugar, la novela de Romero tiene más originalidad debido a la fuerte personalidad del autor, la cual no puede ajustarse a ninguna forma determinada. En tercer lugar, hay una marcada diferencia en la inclinación al tema. Para los autores de la clásica, lo picaresco es un tema estético. Lo presentan de una manera objetiva porque no forma parte de su mundo intelectual y moral. En Romero es algo más íntimo y personal. No busca los temas picarescos; los lleva dentro de sí; son parte íntegra de su temperamento. Sobre esto mismo declara Manuel Pedro González:

Si Romero gusta de presentarnos este ambiente de picardía y estos personajes despreocupados, escépticos, cínicos y estoicos, es porque él los lleva en sí mismo. Así ve él la farsa social, política y religiosa; así, egoísta, hipócrita y tonta ve él a la humanidad, y así la retrata. Este buen humor, esta gracia jocunda a veces, a veces triste; esta simpatía por los desvalidos, por los que sufren las injusticias de los poderosos; esta burla desengañada y escéptica que ríe de los convencionalismos sociales tanto como de los tabús morales de nuestro mundo de privilegiados y de víctimas; esta filosofía horra de ilusiones, realista hasta la crueldad; un poco fatalista, un poco estoica y cínica--como la de todo picaro auténtico--; todo esto que integra y define al héroe picaresco, no lo ha encontrado Romero por las aldeas de Michoacán por modo fortuito. Lo ha descubierto allí y en todas partes porque lo lleyaba muy enraizado en su espíritu y en su temperamento.<sup>1</sup>

La misma actitud frente a la vida y la misma visión que de esta tiene el pícaro se encuentran en Romero. Los temas picarescos que este emplea son vivencias propias, valores personales; y por consiguiente se funden en sus obras. Es por eso que aparece el autor mismo mezclado en alguna forma en todas sus novelas, ya sea como el protagonista o un carácter menor. Por último, la diferencia más sobresaliente entre la picaresca romeriana y la clásica española es la ausencia en aquella de la nota moralizadora y sermoneadora tan consustancial en ésta. Esta ridícula moralina en los modelos tradicionales se debe al ambiente de terror y de fanatismo que ocasionó la contrarreforma. En Lizardi se debe a que él mismo sentía la necesidad de decir la verdad y de predicar contra los males del hombre y del mundo. Por el contrario, Romero desdeña las

---

<sup>1</sup>González, Trayectoria de la novela en México, p. 231.

doctrinas y no cree en sermones y predicas. Sus personajes, tomados de la vida real, expresan son su simple sabiduría humana y popular, su crítica de la sociedad y su filosofía de la vida. Mantiene en su obra lo estoico y lo cínico tan propios en su propia filosofía, y le añade "el espíritu volteriano, iconoclasta, satírico y mordaz," tan propios de su época. Es por eso que los pícaros de Romero son más filosóficos que los clásicos héroes picarescos.<sup>2</sup>

Al contrario del pícaro español, el mexicano, "no ofende con su cinismo; inspira compasión y simpatía;" y esto mismo se ve en Pito Pérez. Por ser un espejo de la psicología mexicana, esta obra del novelista michoacano tiene enorme importancia. En el carácter de Pito Pérez se ve "un agudo análisis de una manera de vivir y de pensar fundamentalmente mexicana y por la cual se pueden indagar razones y principios para explicar muchos fenómenos mexicanos."<sup>3</sup>

De todos los caracteres romerianos, Pito Pérez fue el que tuvo la más larga gestación. Apareció por primera vez en Apuntes de un lugareño y más tarde en El pueblo inocente. Era un perdulario que vagaba por los pueblos michoacanos y a quien Romero conoció íntimamente. Parecía haber brotado de las pa-

---

<sup>2</sup>Ibid., p. 244.

<sup>3</sup>F. Rand Morton, Los novelistas de la revolución mexicana (Mexico: Editorial CVLTVRA, T. G., S. A., 1949), p. 86.

ginas de cualquier novela picaresca. Su aspecto físico y su filosofía de la vida lo hermanaban con los pícaros de los modelos clásicos; y fueron estas características las que sedujeron al novelista. Al morir Pito Pérez, su memoria se convirtió en una obsesión en la mente del autor, apareciendo brevemente en sus primeras novelas y terminando finalmente en la encarnación de su propia novela, La vida inútil de Pito Pérez.

En su Breve historia de mis libros habla Romero de su mejor logrado personaje:

Pito Pérez existió. Aun se descubren por los caminos de Michoacan las huellas de sus zapatones; aun vibran en las calles de Morelia las campanas que pregonaron su triunfo y su derrota. En mi libro, las travesuras regocijadas fueron de él; la tristeza de su vida es toda mía. De él los donaires y el ingenio; de mí, la rebeldía y la audacia de llamar a las cosas por su nombre y de dar a los hombres su intrínseco valor.

Sobresale en La vida inútil de Pito Pérez la nota autobiográfica tan característica en la obra romeriana. El autor se valió de aquel pícaro michoacano y le agregó algo muy suyo, hasta tal grado que se podría decir que éste representa un perfil de José Rubén Romero. El mismo novelista así lo explica:

Pito Pérez se ha servido de mí, y yo he abusado de Pito Pérez. El, desde la eternidad, me dio su vida para que yo la contara como un divertimento agradable. ¡Y que hice con tan inocente legado! Servirme de Pito Pérez para gritar por su boca mis propios sentimientos, para

---

<sup>4</sup>Romero, Breve historia de mis libros, p. 14.

llamarle ladrón al rico, despota al gobernante, avieso al cura, tornadizas a las mujeres y noble y generoso a Nuestro Señor el Diablo.<sup>5</sup>

Pero no se limita el novelista a usar a su personaje solamente para criticar la sociedad de su época, sino que lo emplea también como encarnación de la evolución y la frustración de una parte de la sociedad universal.

Al abrir el libro, encontramos primeramente una silueta obscura en el arco de un campanario. Al acercarnos vemos la miserable figura de Pito Pérez. Su aspecto físico es el del típico personaje picaresco:

Sus grandes zapatos rotos hacían una mueca de dolor; su pantalón parecía confeccionado con telarañas; y su chaqueta, abrochada con un alfiler de seguridad, pedía socorro por todas las abiertas costuras sin que sus gritos lograran la conmiseración de las gentes. Un viejo "carrete" de paja nimbraba de oro la cabeza de Pito Pérez.<sup>6</sup>

Cuando sube el autor a la torre y se encuentra con el pícaro, empiezan ambos a charlar. Por las palabras que el protagonista dice llegamos a conocerlo en lo interior. He aquí cómo se analiza a sí mismo cuando se le pregunta que si va a peregrinar de nuevo:

¡Qué quiere, usted que haga! Soy un pito inquieto que no encontrará jamás acomodo. Y no es que quiera irme: palabra. Me resisto a dejar esta tierra que, al fin de cuentas, es muy mía! ¡Oh, las carnitas de Canuto! ¡Oh, el menudo de la tía Susa! ¡Oh, las "tortas de coco"

---

<sup>5</sup>Ibid.

<sup>6</sup>José Rubén Romero, La vida inútil de Pito Pérez in Obras completas de José Rubén Romero (México: Ediciones Oasis, S. A., 1957), p. 349.

de Lino, el panadero! Pero acabo de dar fin a una larga y azarosa borrachera, y mis parientes quieren descansar de mi persona lo mismo que todo el pueblo ... Yo soy amigo de la verdad, y se me embriago es nada más que para sentirme con ánimos de decirla. Agregue usted a esto que odio las castas privilegiadas.

.....  
 Mi mala suerte me persigue desde que nací y todo lo que emprendo me sale al revés de como yo lo he deseado. Pero no vaya usted a pensar que por eso bebo; me emborracho porque me gusta, y nada más. Si tengo algún talento, lo aplico a encontrar los medios para que la bebida me resulte de balde, y así obtengo un doble placer. (p. 349-350)

Al contrario del pícaro clásico, cuya constante preocupación es el hambre y el poner fin a éste, Pito Pérez vive mortificado por su insaciable sed y se vale de su talento para buscar el medio de apagarla sin que le cueste nada. Sin embargo, jamás se vuelve un borracho, pues está ebrio de tristeza y sabiduría. El mismo se llama un loco; pero no es un loco ni un borracho el que critica con tanta certeza y claridad, como lo demuestra esta crítica que hace de la política:

¿No ha observado usted que la profesión de despota es más fácil que la de médico o la de abogado? Primer año: ciclo de promesas, sonrisas y cortesía para los electores; segundo año: liquidación de viejas amistades para evitar que con su presencia recuerden el pasado, y creación de un Supremo Consejo de Lambiscones; tercer año: curso completo de egolatría y megalomanía; cuarto y último año: preponderancia de la opinión personal y arbitrariedades a toda orquesta. A los cuatro años el título comienza a hacerse odios, sin que Universidad alguna ose revalidarlo. (p. 350)

El autor encuentra la charla tan pintoresca que le propone que venga todas las tardes a contarle cosas de su vida y le pagará cada charla con una botella de aguardiente de

Puruarán, la bebida preferida de Pito Pérez. Este acepta el trato, pero advierte al autor que no se va a divertir porque su vida ha sido triste como la de todos los truhanes, pero tanto ha visto reír a la gente de su dolor, que él mismo ha acabado por sonreír, pensando que sus penas no han de ser tan amargas pues dan algún regocijo a los demás. Se nota el estoicismo en este razonamiento de Pito Pérez.

En la discusión de este arreglo, el protagonista ha mencionado el aguardiente de Puruarán; y Romero aprovecha este momento para intercalar un pensamiento nacionalista. Desdena Pito Pérez el coñac y el champaña porque estas bebidas son extranjeras y solo las toman aquellos ricos que no sienten amor por la patria. Está convencido de que el mexicano debe consumir lo que México produce: "hombres morenos, como Juárez," para gobernar; y para matar la sed, el tequila, la charanda, y el aguardiente de Puruarán. Asegura "que si en la misa se consagrara con aguardiente de caña, los curas serían más humildes y más dulces con su rebaño." (p. 352) Van estas palabras como una crítica directa a la explotación extranjera en México.

En su primera charla Pito Pérez habla de su niñez enfermiza que empezó desde el momento de su nacimiento, pues tuvo que compartir los pechos generosos de su madre con otro niño de la vecindad que quedó huérfano. Empiezan desde entonces sus infortunios. Como la familia era pobre, no pudo el

joven Pérez obtener una carrera. Se eligió para él el oficio de acólito de la parroquia, en el cual fue cumplido y respetuoso. En este ambiente observó el mal ejemplo de algunos de los curas y aprendió algunas picardías instruido por cierto acólito compañero suyo a quien apodaban San Dimas. Un día este le incitó a que robara unas monedas al Señor del Prendimiento, hecho que terminó con su despedida del oficio. Lo irónico del caso y otro ejemplo de la mala suerte que perseguía a Pito Pérez se encuentra en el hecho de que San Dimas pudo volver a la parroquia, rehabilitado por su confesión; mientras él solo sufrió vergüenza y desprestigio.

En la segunda plática explica cómo adquirió el apodo Pito. Como su madre no lo dejaba salir a la calle, y como por ser pobre no tenía juguetes con que divertirse, dedicó sus largas horas de ocio a labrar con navaja un pito de carrizo. A duras penas logró arrancarle unas notas destempladas, y después de mucha práctica aprendió a tocar las canciones en boga. Solía tocar el pito a todas horas hasta que los vecinos protestaron:

- ¡Doña Herlinda, asílencie ese pito!
- ¡Que se calle ese pito! (p. 359)

Y Pito le apodaron desde entonces.

Continúa su conversación contando cómo, cansado de permanecer como prisionero en casa, infeliz resultado del robo de la iglesia, salió un día de su casa y con un capital de

diez centavos se puso en camino a Tecario. Y así empiezan las peregrinaciones de Pito Pérez, a semejanza de las de todo héroe picaresco, en las cuales padecera hambres, amarguras, aventuras y desventuras.

Hambriento llegó a Tecario y con su mísero capital compró unas tazas de té cargadas de aguardiente, las que causaron su "entrada triunfal al país de los borrachos." (p. 360) Después, para matar el hambre, se valió de un ingenioso truco y logró que se le diera un pan de azúcar como pilón. Esta fue "la primera contribución que impuso a los tontos." (p. 360) Estas contribuciones no las considera el robos, sino préstamos. Justifica esta clasificación de la manera siguiente:

Yo no me quedo nunca con nada de nadie, sin elevar antes una solicitud mental al Supremo Creador de todas las cosas y, por tanto, dueño absoluto de cuanto existe. Si el Señor está conforme con mi ruego, permite que yo me lleve el objeto que necesito, y si no lo está, pone en guardia a su poseedor accidental y este evita, en la forma que más le place, que yo consume mis propositos. (p. 361)

Más tarde, en el mismo pueblo, entró a servir en la botica de don José de Jesús Jiménez, hombre de unos cincuenta años que pesaba ciento treinta kilos, símbolo de la pereza y la esterilidad. Su gran orgullo era el haber cursado su carrera en una de las mejores escuelas del mundo, hecho que pregonaba a toda hora. Su esposa se llamaba Jovita Jaramillo, y por las iniciales de ambos, a la botica la apodaban en el pueblo El Cementerio de las Jotas. Era doña Jovita una mujer

de cuarenta años, flaca y amarilla, de facciones perfectas, de ojos verdes y pelo negro. Como no había tenido hijos en los doce años que llevaba de casada, se había tornado amarga y regañona hasta con su esposo.

Pito Pérez trabajó fielmente pues quería granjearse la voluntad del matrimonio. El boticario le instruyó en la preparación de recetas, aconsejándole que empleara siempre las substancias similares mas baratas. Fue buen discípulo y pronto empezó a preparar recetas caprichosas, adquiriéndole gusto al oficio. La preparación que resultó de mas agrado para la clientela fue la que se valia del alcohol mezclado moderadamente en los bebedizos. Los enfermos se sentian tan bien y tan alegres que continuaban surtiendo la receta aun despues de haberse curado. Y el que sacaba mayor provecho era Pito Pérez, pues él tenia que dar el punto a tales recetas.

En aquel lugar se sentía el joven Pérez como en un paraiso. Le trataban generosamente, comia bien, y le gustaba el trabajo. Pero la mala suerte le siguió hasta aquel rincón. Se vio víctima de las pasiones adormecidas de doña Jovita; y al ser descubiertos por el boticario, tuvo que abandonar el pueblo. Reflexiona tristemente:

¡Cuan breves son las fiestas de este mundo y como nos dejamos enganar con un señuelo! Iba otra vez a la ventura, sin casa ni sosten, y todo por haber olvidado la historia de la mujer de Putifar. (p. 366)

Pito Pérez comienza su tercera narración con una crí-

tica satírica de la sociedad. En camino hacia La Huacana, da grandes rodeos para evitar las capitales provincianas, porque según él:

. . . preferí siempre los pequeños poblados a las capitales provincianas, que son planteles de vanidad y asiento de extravagancias. Sus habitantes pueden ser clasificados de este modo: tres o cuatro familias dueñas de hacienda grande, que fue heredada o hecha al vapor en negocios usurarios; diez casas muy ilustres, arruinadas, y con las comodas repletas de pergaminos en donde consta que un bisabuelo fue Oidor, otro coronel realista, otro cuando del conde de Cerro Gordo . . . Gente muy encopetada, que se pone en ridículo en todas partes por presumir de expeditas . . . Después de esta casta de muñecos de oropel, vienen las familias de los empleados del Gobierno, las de los profesionistas, las amas de los canonigos, y esa masa anonima de humildes menestrales que comen de milagro y cuyas hijas saludan en las serenatas, a los pollos ricos, no se por que antecedentes o por que razones. (p. 367)

Prefiere los pueblos chicos porque en ellos es primera figura, siendo siempre bien agazajado por las gentes humildes que se sienten honradas con su presencia y se divierten con sus charlas. De nuevo se distingue, en las explicaciones de Pito Pérez, los sentimientos de Romero hacia la gente humilde y desvalida. Su simpatía está siempre con esta gente simple y generosa de la provincia.

Ya en La Huacana Pito Pérez se encuentra con el padre Pureco, a quien había ayudado a decir misa en Santa Clara. Este le ofrece asilo en su casa después de escuchar sus patéticas mentiras, habiéndole contado que la miseria de su familia lo había obligado a buscar empleo fuera del pueblo. Como todo pícaro Pito Pérez tiene que mentir o valerse de algún

truco para poder granjearse el alimento. Permaneció con el padre Pureco, ayudándole en todo, hasta tal punto que le proporcionaba latinajes para sus sermones, pues según él, el latín "es lo único que hace llorar en el templo a los piadosos oyentes." (p. 370) El párroco usaba palabras fuertes con los rancheros porque decía él que era lo único que entendían. Pero le aconseja Pito Pérez:

Ahí está el chiste, padre, que no le entiendan para, que piensen que es usted un sabio. Los médicos también llaman a las enfermedades por sus nombres científicos delante de los dolientes, porque si les dieran sus nombres vulgares, los enfermos se atenderían solos, con infusiones de malvas o con ladrillos calientes. (p. 371)

Tuvieron tan buen éxito los latinajes que los fieles le mostraban más respeto al padre, y este se empezó a sentir más engreído hasta tal extremo que aplicaba al mismo Pito los latinajes que este le enseñaba. Como este despotismo del cura no sentó bien con su natural rebeldía y porque la atracción del vino era muy fuerte, decidió abandonar al padre Pureco. Con dos o tres milagros de oro que le robó a la Virgen de la Soledad, se puso de nuevo en camino.

En este episodio aparecen las ideas anti-clericales de Romero. Critica a aquellos curas que solo alargaban la mano para tomar las limosnas de los pobres, como lo vemos en este sermón del padre Pureco:

¿Y la caridad? Bien claro lo indica su nombre: Caridad, dad, dad. Por algo es la mayor y la más grande de las virtudes! Pero, ¿quién entendéis vosotros de cosas divinas, por más que el Espíritu Santo inspire mis pala-

bras? Porque yo quiero iluminar la cerrazon de vuestro entendimiento con la luz indeficiente de la verdad, pero--con tu permiso, Soberano Señor Sacramentado--sois un atajo de pendejos, No, no puedo retirar lo que he dicho, hasta que demostréis que vuestra fe existe, que vuestra caridad se manifiesta con los hechos. Ya sabéis que mi celebración es el 24 de agosto. Id en paz en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espiritu Santo. Amén (p. 370)

Pito Pérez volvió a su casa, esperando quejas, reproches, regaños, llantos, y al final, regocijo por la vuelta del Hijo Prodigio; pero ironicamente, la familia sólo mostró indiferencia ante su retorno. Había salido del pueblo un soñador, lleno de esperanza y fe en los demás, pero regresó un desilusionado, rotas todas sus ideas de gloria.

Restablecido por una temporada en su pueblo, sirvió de amanuense a cierto funcionario local al cual conoció en un concurso de borrachos. Era este uno de esos empleados públicos que aprovechan al subalterno para todo, aun tomando las opiniones personales de éste como suyas. En aquella oficina observo de cerca el mal ejemplo de los vanidosos administradores y dice:

Para hacer un estudio de necios, en general, me basto conocer al juez y al secretario, y ahora ya se que lo que cambia en los hombres es la dimensión de sus empleos, pero que el tonto o el sinvergüenza, lo mismo lo son de alcaldes de un pueblo que de ministros en la capital de la República. (p. 375)

Aquel contacto con el gobierno le causó la abominación "de la justicia de este mundo con todas su triquiñuelas y sus maldades." (p. 376)

En su quinta plática Pito Pérez habla sobre el amor, el cual ha sido la incubadora de todas sus amarguras. Las mujeres solo han ensayado con él "su fuerza de repulsión y no de atracción." (p. 377) Sus amores fueron de pueblo, vulgares, y el primero murió en secreto sin que el ser amado lo descubriera. Fue su primera novia Irene, hija de un vecino pobre, la cual le cautivó con su hermosura, y a la cual solo le habló con la música de su pito. Pero su idilio terminó en llanto una noche cuando sorprendió a su hermano besando a Irene. Su segundo amor fue por una prima llamada Chucha a la que se declaró en la trastienda de su tío, en la cual trabajaba. Como le faltó el valor para pedir a su tío la mano de su hija en matrimonio, encomendó este oficio a don Santiago, un vecino solterón, "rico y respetado, calvo y ventrudo." (p. 382) Pero éste, reflexionando que Pito Pérez era "muy joven para echarse a costas semejantes obligaciones" pidió a la muchacha para sí mismo. Quedó tan decepcionado que se entregó a la embriaguez con tanto fervor, que cuando su tío salió del pueblo por unos días, se dedicó a organizar bailecitos en los barrios apartados y a fiar mercancías a todo el mundo. Por supuesto, quedó despedido de su empleo. A Chucha la dio por muerta, y cuando alguna vez la recuerda, "me visto de levita negra y un sombrero de copa muy deteriorados, y voy al cementerio a llevarle flores ... ." (p. 384) Su tercer amor fue por Soledad, muchacha alegre y coqueta, a quien cor-

tejo con algun éxito. Pero resultó tan desventurado este carniño como los demás, pues Soledad optó por casarse con el nuevo Receptor de Rentas. Se presentó a la fiesta de boda "para comer una vez a expensas del novio, ya que tanto tiempo había comido a costa de la novia." (p. 385) A la hora de los brindis, Pito Pérez se puso de pie y dijo unos versos atrevidos que causaron escándalo. Y así terminaron todas sus aventuras amorosas, viéndose siempre obligado a ceder sus sentimientos al poderoso y al rico. Tocante esta suerte infortunada, comenta Pito Pérez amargamente:

Borracho y tramposo, el amor me hubiera regenerado, pero ese diosencillo impertinente jamás se acercó a mí con intenciones de redimirme, sino de escarnecerme. Con sus manos de niño inocente rompió todos los resortes de mi voluntad. (p. 377)

También en esta plática expone Romero, en boca de su pícaro, una de las diferencias entre este y el tradicional:

Yo no soy de espíritu generoso, ni tuve una juventud atolondrada, de esas que al llegar a la madurez vuelven al buen camino y acaban predicando moralidad ... . No, yo seré malo hasta el fin, borracho hasta morir congestionado por el alcohol; envidioso del bien ajeno, porque nunca he tenido bien propio: malediciente, porque en ello estriba mi venganza en contra de quienes me desprecian. Nada pondré de mi parte para corregirme. Solamente los cobardes ofrecen enmienda, o se retractan, y yo no haré ni una ni otra cosa. (p. 377)

El anti-héroe de Romero está más satisfecho con su destino y no renuncia a él, a menos que haya una completa transformación de la sociedad, y esto porque su filosofía propia de la vida, un pesimismo que la esclavitud a las normas sociales. El pícaro, romeriano es más filosófico y moralmente superior al

clásico, puesto que se reconoce a sí mismo como víctima de la sociedad y no teme acusarla y criticarla, sosteniendo ciertas verdades eternas.

Continúa Pito Pérez con su charla, exponiendo una vez mas las ideas anticlericales del novelista michoacano en la siguiente crítica:

¡Pobrecito del Diablo, que lastima, le tengo, porque no ha oído jamás una palabra de compasión o de cariño! Los hombres son realmente aburridos, insoportables! Cuando se dirigen a Dios, lo hacen con fórmulas escritas para cada caso ... . Para librarse del dolor ocurren a Dios, como al dentista; pero para la disipación, buscan vergonzantemente al Diablo y se anegan en todas las delicias del pecado, sin que Satanás oiga alguna vez un ¡gracias, Diablo mío! Por el contrario, aun tiene que escuchar como los hombres, después del goce prohibido, dan gracias a Dios por el placer que obtuvieron. (p. 377)

Luego entra el pícaro romeriano en una larga narración sobre las cárceles que él ha visitado. Muestra aquí Romero su comprensión para con los presos, pues los ve como víctimas de la sociedad. El mismo Pito ha pisado las cárceles sólo por borracho y travieso, mientras que queda libre el rico que roba y mata, apoyándose en el dinero que quebranta leyes y suaviza voluntades. En estas prisiones se encuentran hombres honrados y caballerosos que comparten el misero alimento, y así nadie se muere de hambre, "a pesar de la buena voluntad del Gobierno, que ha suprimido el rancho de los presos, como cosa superflua." (p. 387) Existe en ellas algo de "hermandad religiosa."

En estos presidios ha parado Pito Pérez por delitos

nada serios que son como chispas reveladoras de su caracter. Los "crimenes" por los que ha sido aprehendido son los siguientes: repicar las campanas de su parroquia para autoagasajarse al volver a su pueblo; gritar "Muera el cura Hidalgo!"; salir a las calles envuelto en una sábana y coronado de flores; expresar deseos de que estalle una revuelta para aplicar la ley de Talion al Presidente Municipal; meterse a redentor de jumentos; dar ejercicios espirituales usando la sotana de su hermano; cambiar un gallo de serenata por una gallina de carne y hueso; ofender el amor propio de un pueblo; andar de falso misionero; y dejarse utilizar como responsable de un periodico que ofendio a las autoridades.

En esta sexta platica de Pito Pérez se encuentran varias anécdotas de color local. Con mucho brío y cierto tono irónico e irreverente describe el pícaro la celebración de Semana Santa organizada por él y los presos en una de las cárceles en la que pasó una Cuaresma. En esta ceremonia, desempeñó el papel de Jesucristo. Tomó la última cena con su doce presos, quienes por sus barbas erizadas, sus trajes rotos y sus ojos tristes parecían verdaderos apóstoles. Luego les lavó los pies "en medio de una salva de estornudos." (p. 393) El beso traidor de Judas fue un simulacro, pues el preso que hacía el papel rehusó dárselo, "alegando que no era maricón." (p. 393) Cuando el gallo cantó tres veces Pedro no quiso negarlo, gritando furiosamente: "Yo conozco a mi cuate, y no

me le rajo! ¡Los mexicanos semos muy hombres!" Por fin crucificaron los presos a Pito Pérez, atándolo fuertemente a una cruz, desde la cual exclamó serenamente las siete palabras: "Padre, castígalos; se hacen que no saben lo que hacen!" (p. 354) En esta súplica se escuchó al Pito Pérez víctima de la injusticia social; al Pito Pérez acusador. Y como un impacto cruel se volvieron realidad aquellas palabras. Al rogarles a los presos que lo descolgaran, estos se rieron de él y le dieron la espalda "con la misma indiferencia con que la humanidad ve morir a Jesús, pendiente del madero ... ." (p. 394) Si el mismo Jesucristo, que dio su vida por la salvación del hombre, no recibió compasión de este, que podía esperar el pobre Pito Pérez! He aquí un compendio de toda la triste amargura que fue su vida.

Terminaron repentinamente las conversaciones de Pito Pérez pues éste desapareció del pueblo, y no regresó hasta diez años más tarde. Había cambiado mucho su aspecto físico; era ahora "un hombre enjuto, ennegrecido por el sol, con la cabellera tan larga que le besa los hombros." (p. 396) Llevaba en cada brazo un enorme cesto lleno de toda clase de baratijas. De los cestos, de su sombrero, y de su chaqueta colgaban campanas de todos tamaños que tintinaban con regocijo al compás de su lento paso. Había mudado físicamente, pero en sus palabras aparecía aun la chispa humorística, filosófica, y poética. Su descripción de las campanas que llevaba en su

persona está llena de sentimiento y poesía. He aquí algunos renglones de ésta:

La campana grande de Patzcuaro regaña a su hermana menor, la de Quiroga, porque enseña la lengua a la laguna.

Las campanas de Zamora golpean sus pechos con el badajo, como jóvenes novicias acosadas por malos pensamientos.

La campana de Tacámbaro se desgañita gritando vivas a la Revolución ... la de Irímbo, como un reloj de paz, da el toque de descanso para los labradores rendidos.

Las que llevo aquí junto a mi pecho, son las campanas de mi tierra; ésta, la de la Guanoncha, que canta la alborada en las fiestas grandes; ésta, la de la Hermandad, que dobla por los difuntos, y ésta, de plata, pequeña, representa la de la parroquia, que tantas veces hice vibrar con mis manos entumecidas por el frío, para llamar a mis primera.

Campanas de Michoacán, repicad todas a vuelo porque pasa Pito Pérez, glorioso con su miseria, y altivo con sus harapos! (p. 398)

En estas palabras sobresale el hombre sensible cuya alma está llena de poesía; y por tal razón, maldice amargamente el sobrenombre que le ha dado el insensible pueblo. Hilo Lacre le dicen, apodo "de hombre zafio, y no de artista" como él. (p. 399)

Una vez se cita Pito Pérez con el autor para continuar las charlas. Semejante a su disquisición sobre las cárceles es la que hace de los varios hospitales en los que ha ido a parar a consecuencia de las constantes borracheras que lo dejaban en un delirium tremens; y en donde, "si no mueren los pacientes de la enfermedad que allí los llevo, sucumben de hambre o en algun experimento clínico." (p. 400) En tono satirico y burlon expone Romero una crítica de la profesión me-

dica. Bajo las alas de este benemérito oficio, se esconden fanáticos científicos que sacrifican seres humanos para satisfacer su sed de gloria; enfermeras torpes, que en vez de sesos, llevan en la cabeza "una sonaja rellena con piedrecitas del arroyo;" (p. 401) y médicos mochos o liberales, quienes dispensan sus atenciones según las creencias religiosas o políticas de los pacientes.

Después discute Pito Pérez la enfermedad que lo llevó a aquellos hospitales. La embriaguez crónica le hacía delirar y alucinar hasta que perdía el conocimiento, y cuando lo recobraba ya se encontraba en aquellos lugares clínicos. Los delirios y alucinaciones le permitían penetrar en su subconsciencia, y de este modo se revelaba lo interior de su alma. Cierta vez se sintió árbol en cuyas ramas anidaban los pájaros, símbolos de sus pensamientos de toda la vida, y descansaba la lechuza filosófica de su melancolía. En otras ocasiones se volvió camison de dormir de una hermosa mujer y un lienzo de seda. Una de sus visiones le reveló el misterio de la otra vida, hecho que le asustó mucho pues se enteró de que la justicia celeste es parecida a la terrestre.

En esta última plática Pito Pérez revela que por fin ha encontrado un amor, el más fiel que ha tenido en su vida. El afortunado objeto de su cariño es la Caneca, un esqueleto de mujer que se robó del hospital de Zamora. Cuando se le pregunta si no tiene miedo de dormir con ella, responde:

Miedo, ¿y por qué? ¿No somos nosotros esqueletos forrados de carne podrida? Y sabiéndolo, buscamos el contacto de las mujeres. La mía no padece flujos, ni huele mal, ni exige cosa alguna para su atavío. No es coqueta, ni parlanchina, ni rezandera, ni caprichosa. Muy al contrario, es un dechado de virtudes. ¡Que suerte tuve al encontrármela! (p. 407)

Jamás ha recibido Pito Pérez algún sentimiento afectuoso de sus hermanos terrestres; pero como todo ser humano, lo necesita, y por fin lo encuentra en los brazos amorosos de la muerte. Unos cuantos días después, su cadáver fue descubierto sobre un montón de basura, "la boca contraída por un rictus de amargura, y los ojos muy abiertos mirando con altivez desafiadora al firmamento." (p. 407) En su persona se encontraron unos papeles entre los que se hallaba su Testamento, un documento memorable donde desahoga Pito Pérez toda su profunda filosofía de la vida. He aquí algunas de sus amargas palabras:

Legó a la Humanidad todo el caudal de mi amargura.  
Para los ricos, sedientos de oro, dejó la mierda de mi vida.

Para los pobres, por cobardes, mi desprecio, porque no se alzan y lo toman todo en un arranque de suprema justicia. ¡Miserables esclavos de una iglesia que les predica resignación y de un gobierno que les pide sumisión, sin darles nada en cambio!

.....  
Humanidad, yo te robé unas monedas; hice burla de ti, mis vicios te escarnecieron. No me arrepiento, y al morir, quisiera tener fuerzas para escupirte en la faz todo mi desprecio.

Fui un borracho: ¡nadie! Una verdad en pie: ¡qué locura! Y caminando en la otra acera, enfrente de mí, paseo la Honestidad su decoro y la Cordura su prudencia. El pleito ha sido desigual, lo comprendo; pero del coraje de los humildes surgirá un día el terremoto, y entonces, no quedará piedra sobre piedra.

Humanidad, pronto cobraré lo que me debes! (p. 409-410)

Concluye el autor la novela con estas palabras:

Y mezcladas con el polvo de la tierra se perdieron para siempre, las cenizas inútiles de un hombre." (p. 410)

¿Se perdieron? No, porque siempre habrá hombres como Pito Pérez que sentirán el mismo desprecio por la vida, el mismo coraje ante la injusticia; que verán como inútil todo trabajo y lucha cuando no hay justicia; que, al final de cuentas, se resignarán al hecho de que "el hombre no es más que una sombra que debe irse acostumbrando a la muerte, como liberación, como descanso."<sup>7</sup>

Pito Pérez fue un niño inteligente que tal vez hubiera sido como todos los hombres de los pueblos pequeños. Hubiera tenido un empleo, un hogar, una familia. Pero las circunstancias desiguales que lo rodearon desde su infancia le hirieron profundamente, "y como reactivo contra la desesperación, en lugar de matarse hizo una pirueta, y su sentimentalismo lo puso a cubierta bajo la condición de pícaro."<sup>8</sup>

Como se mencionó anteriormente, La vida inútil de Pito Pérez es una novela picaresca, pero es también una biografía. Es la historia de un hombre desencantado en el ambiente decadente del final de la dictadura de Porfirio Díaz. El senti-

---

<sup>7</sup>Raúl Arreola Cortés, "José Rubén Romero: vida y obra," Revista hispanica moderna, XII (December, 1946), p. 11.

<sup>8</sup>González Contreras, El hombre que supo ver, p. 87.

miento de piedad cristiana en Romero es tan hondo y sincero que se horroriza de las injusticias y abusos que se cometen contra los pobres y menesterosos. Se levanta en armas, no las del combate físico, sino las de la pluma, con las que ataca, valiéndose de la sátira, del chiste punzante, del humor amargo. Pito Pérez personifica su filosofía y se vale de él como portavoz de sus sentimientos, de su amargura, de su coraje, de su odio a la desigualdad social.

Es La vida inútil de Pito Pérez la mejor obra de Romero, pues en ella ha puesto todo su ingenio y sus mejores dotes literarios. En ella logra la cumbre de su estilo, llenándola de humorismo agridulce, de anécdotas de sabor local, de expresiones y refranes populares, de chistes picantes, de expresiones satíricas e irónicas; y sobre todo, cuidando de que no falte la nota poética y sentimental.

Al principio, cuando se enteró Romero del tremendo éxito de su obra, se desilusionó un poco, pues pensó que el público no comprendía su mensaje. Pero estaba equivocado; se dio cuenta de que al mismo tiempo que la gente reía de aquel pobre pícaro, reía de sí misma también, pues entendía la tragedia de aquel ser humano; ella también había sufrido como él. He aquí el verdadero valor de esta novela: representa a una clase especial y muy general de mexicanos y simpatiza con ella por lo tal, contiene un importante mensaje para México. Romero, "al dar importancia a un tipo bajo de la sociedad mexi-

cana, ha cumplido con su deber, no solo de artista sino de revolucionario, porque comprender y explicar a los desgraciados es a la vez comprender y explicar los problemas de México."9

Como ya se dijo a principios de este capítulo, Romero no buscó los temas picarescos; los llevaban dentro de sí. Y cuando se vio obligado a exponer sus ideas políticas, sociales y religiosas, siendo adverso a las predicas y sermones, lo hizo de la manera mas natural y mas conforme a su temperamento. Sin habérselo propuesto, dio a luz una novela picaresca, utilizando como protagonista de esta a un verdadero pícaro, un hombre que vivió y que él conoció y cuyas ideas eran paralelas a las suyas. Y fue así como nació Pito Perez, una encarnación de la filosofía de José Ruben Romero, un pícaro mexicano.

---

9Norton, Los novelistas de la revolución mexicana, p. 89.

## CONCLUSION

En este estudio se ha llevado a cabo un análisis de cinco obras de José Rubén Romero, en las cuales sobresalen su amor a la provincia, sus sentimientos hacia la Revolución, y su sentido del humor y de lo picaresco.

Sobre el tema de la provincia Romero se muestra neto conocedor. No solo reside el novelista en aquellos pueblos michoacanos, sino que vive allí honda y completamente sus primeros treinta años. Se adentra en aquel ambiente provinciano y se convierte éste en una parte íntegra de su alma. Sabe apreciar la belleza del paisaje, describiéndolo en sus novelas con hondo sentimiento, delicadeza y poesía. Por su carácter comprensivo y humano, puede el autor acercarse a aquella gente pueblerina y la retrata vivamente con toda su humilde sencillez, franqueza e ingenuidad. Sus caracterizaciones están bien logradas; algunos de sus tipos--don Vicente, doña Concha, Pito Pérez--son inolvidables. Las costumbres que se encuentran en sus novelas son aquellas en las que él mismo participó. Por eso sus descripciones son tan lucidas, tan personales. Romero es realmente el autor de su pueblo.

La Revolución aparece en la obra romeriana como tema secundario; Romero no es un escritor de combate. Su propósito es hablarnos de su vida en la provincia michoacana. Y da

la casualidad que en su vida hay un choque violento que le trae algunos infortunios. Sus sentimientos hacia la Revolución son los de todo pequeño burgués. Por su sentimiento justiciero y filantrópico, se extraña de que exista la injusticia, de que el dinero divida a la sociedad. Tiene piedad cristiana para con los pobres, los desvalidos, los de abajo; y odia al rico, al poderoso, al cacique. Pero no se lanza al combate; y cuando lo hace, es por breve tiempo. Su arma es la pluma; la utiliza para ridiculizar y satirizar los abusos sociales. Aunque sufre alguna desilusión con el resultado final del movimiento revolucionario, se da cuenta de que esto se debe a las debilidades humanas; y no pierde su esperanza en el noble fin de la Revolución.

Lo picaresco en Romero es algo muy natural; forma parte de su temperamento; y por eso sobresale en todas sus obras. La vida inútil de Pito Pérez es su mejor obra porque toda ella es un compendio del sentimiento de picardía que existe en el autor. Es Pito Pérez un personaje real que Romero conoce y en el cual ve un paralelo de su filosofía propia de la vida. Se vale de él; lo convierte en su portavoz para poder gritar toda su amargura, todo su dolor, para criticar llanamente los abusos de la sociedad. Es por eso que a José Rubén Romero se le ha llamado Pito Pérez.

La obra de José Rubén Romero no es solo lectura amena, graciosa, fácil, entretenida; es algo más. En ella se

conoce de cerca al pueblo michoacano y a través de él se llega a conocer la vida y el alma de México, y por consiguiente se llega a conocer el alma y la vida del hombre universal.

## BIBLIOGRAFIA SELECTA

### Libros

- Alegria, Fernando. Historia de la novela hispanoamericana. Mexico: Ediciones De Andrea, 1966.
- Castro Leal, Antonio. La novela de la revolucion mexicana. Tomo II. Mexico: Aquilar, 1960.
- Cord, William O. José Ruben Romero, cuentos y poemas inéditos. Mexico: Ediciones De Andrea, 1963.
- De Alba, Pedro. Rubén Romero y sus novelas populares. Barcelona: Ediciones Destino, 1936.
- Gonzalez, Manuel Pedro. Trayectoria de la novela en México. Mexico: Ediciones Botas, 1951.
- González y Contreras, Gilberto. Rubén Romero, el hombre que supo ver. La Habana: Imprenta "La Verónica", 1940.
- Koons, John Frederick. Garbo y donaire de Ruben Romero. México: Imprenta Aldina, Robredo y Rosell, S. de R. L., 1942.
- Lafarga, Gastón. La evolución literaria de Ruben Romero. París: Imprenta Gouvardin, 1937.
- Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios. Homenaje a Ruben Romero. Mexico: Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios, 1937.
- Magaña-Esquivel, Antonio. La novela de la revolucion. México: Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución, 1965.
- Moore, E. R. Novelistas de la revolucion mexicana: J. Ruben Romero. La Habana: Imprenta "La Verónica", 1940.
- Morton, F. Rand. Los novelistas de la revolucion mexicana. Mexico: Editorial CVLTVRA, T. G., S. A., 1949.
- Romero, José Ruben. Obras completas. Mexico: Ediciones Oasis, S. A., 1957.

## Artículos

- Arreola Cortes, Raul. "José Rubén Romero: Vida y obra," Revista Hispanica Moderna, XII (1946), 7-37.
- Castagnaro, R. Anthony. "Rubén Romero and the Novel of the Mexican Revolution," Hispania, XXXVI (August, 1953),
- Dulsey, Bernard. "José Rubén Romero (1890-1952)," The Modern Language Journal. XXXVII (January, 1953), 335-338.
- Gonzalez, M. P. "Desbandada," Revista Hispanica Moderna, I (1935), 154-156.
- Iduarte, Andres. "José Rubén Romero: Retrato," Revista Hispanica Moderna, XII (1946), 1-6.
- Stanton, Ruth. "José Ruben Romero, costumbrista of Michoacan," Hispania, XXLV (1941), 52-55.
- Torres-Rioseco, A. "Nuevas tendencias en la novela," Revista Iberoamericana, I (1939), 24-128.